

JONAIRA
CAMPAGNUOLO

12 CARTAS

DE AMOR

para un desconocido



12 CARTAS DE AMOR PARA UN DESCONOCIDO

Jonaira Campagnuolo

12 CARTAS DE AMOR PARA UN DESCONOCIDO

Copyright © 2017 Jonaira Campagnuolo

Primera Edición Enero de 2017

SC: 1601076192461

Diseño de portada: **H. Kramer**

<http://hkramer13.wix.com/hkramer>

© Can Stock Photo / Miramiska

Diseño interior: Jonaira Campagnuolo

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

[PRIMERA CARTA](#)

[SEGUNDA CARTA](#)

[TERCERA CARTA](#)

[CUARTA CARTA](#)

[QUINTA CARTA](#)

[SEXTA CARTA](#)

[SÉPTIMA CARTA](#)

[OCTAVA CARTA](#)

[NOVENA CARTA](#)

[DÉCIMA CARTA](#)

[DÉCIMA PRIMERA CARTA](#)

[DÉCIMA SEGUNDA CARTA](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[NOTA FINAL DE LA AUTORA](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

*A mi padre, por haber
cultivado mi imaginación
con sus divertidas
historias...
QEPD*

PRIMERA CARTA

Los Naranjales, 04 de agosto de 1943

Querido Henry:

Espero esta carta no te ofenda. Esa no es mi intención.

¿Quién soy? Hace una semana nos conocimos en La Guaira, en el ferrocarril. Soy la jovencita que tuvieron que incluir en tu compartimiento de primera clase porque no encontraban un lugar para ella en el resto del tren. ¿Me recuerdas?

Llevaba un gorrito negro sobre una melena rebelde de rizos castaños. Sonreíste con amplitud al recibirme,

como si tuvieras mucho tiempo esperando por mí y respiraras aliviado al verme aparecer. Esa idea romántica me la fabriqué para justificar la sonrisa cálida y transparente que me dedicaste. ¡Fue tan dulce! Y se quedó grabada en mi memoria.

Quiero agradecer tu hospitalidad. Estaba sola, cansada por el largo viaje desde Europa y me encontraba algo paranoica por culpa de mis nervios. El área económica, repleta de soldados ruidosos y de rostros insatisfechos, no hubiera ayudado a serenarme.

Los empleados del ferrocarril se hallaban tan angustiados como yo. No esperaban la presencia de un grupo militar tan amplio, tuvieron que afanarse en buscarles ubicación a varios

pasajeros para evitar incomodidades. Yo fui bendecida al ser llevada ante ti.

Mientras el encargado de la línea conversaba con tu asistente para que me cedieran un puesto en tu vagón, no pude evitar asomarme al interior y terminar embrujada por tu imagen varonil ubicada tras una mesita de trabajo.

Tus cabellos, de mechones negros algo largos y desordenados me encantaron, te daban un aire juguetón que me inspiró confianza; aunque fue tu rostro anguloso de piel morena, nariz aguileña y labios delgados lo que conmovió a mí entumecido corazón, preparándolo para el mayor impacto, que lo recibió cuando alzaste la vista y posaste sobre mí a tus ojos oscuros como el ónix, asentados entre gruesas

pestañas.

Me sobresalté. En mi organismo se esparció una sensación tan extraña que me desconcertó. Cada hueso y cada órgano fueron transformados por esa nueva emoción dejándolos por un instante fuera de servicio.

Sentí vergüenza, al darme cuenta que había quedado por un tiempo indefinido mirándote embobada. Mi boca, completamente erosionada, no podía cerrarse. Todo rastro de temor, incertidumbre y soledad que venía experimentando desde que llegué al país se extinguió de mi mente para ser suplantado por el anhelo. Porque en eso me convertí después de conocerte: en una mujer ansiosa por ti. Por tus ojos, capaces de invadirme el alma, por tus

labios, que dibujaron una sonrisa tan enigmática que le dieron vida a las miles de mariposas que habían nacido muertas en mi estómago, y por tu presencia, tan abrasadora, que a pesar de ser calmada desprendía un halo de autoridad que me hacía sentir protegida.

Demostraste tu capacidad de dominio ante tu empleado, quien con irritación quiso negarse a permitirme la estadía en el vagón y desaprobaba cada una de las propuestas brindadas por el funcionario del ferrocarril. Tú, con tu voz firme, lo impediste. Alcanzaste a ver en mis ojos llorosos mis miedos y preocupaciones. ¡Es que me sentía tan sola...!

Como todo un caballero te pusiste de pie, te acercaste y te presentaste formalmente con una sonrisa apacible

marcada en tu semblante. Me tomaste de la mano y me ubicaste en el asiento frente a tu mesa antes de girarte y tranquilizar al funcionario del tren, asegurándole que te encargarías de todas mis necesidades. ¡Eres tan excepcional!

Recuerdo que durante las horas del viaje intentaste ser amable procurando entablar una conversación conmigo. Me hiciste un par de preguntas, pero al notar mis evasivas y el temblor en mi voz causado por el nerviosismo preferiste callar y continuar con tu lectura. ¡Oh, es que me sentía perturbada!

Jamás había estado frente a un hombre tan apuesto. Además, te confieso, soy un poco tímida, sobre todo, cuando alguien me intimida. En esas ocasiones siento que el corazón se me agita más de lo

normal y un frío invade mi cuerpo, haciendo que las palabras se atoren en mi garganta e impidan que me exprese. Desde niña he tenido ese defecto, papá nunca pudo quitármelo, aunque luchó contra ello.

Lo que también me imposibilitó ser más abierta contigo fue la persistente compañía de tu asistente. Ese sujeto de tez blanca y anatomía raquítica que con sus grandes ojos de mirada desconfiada seguía cada uno de mis movimientos, al tiempo que revisaba un manojito de folios de papel envejecido.

En la ocasión en que tu lápiz cayó al suelo me incliné para alcanzarlo, pero tu acompañante llegó a él primero y me traspasó las emociones con las advertencias que desprendieron sus

pupilas antes de entregártelo. Tragué grueso y desde ese momento me mantuve lo más quieta posible. Procuraba distraerme con el panorama rural que el amplio ventanal mostraba, con las diminutas y blancas casitas que salpicaban los cerros y con los frondosos árboles que adornaban las orillas de los despeñaderos, pero tu figura siempre me resultaba más atrayente. Tenía una influencia similar al de las estatuas cinceladas por los antiguos escultores, que hipnotizan por su imagen perfecta y reflexiva, siendo imposible apartar la vista de ellas.

No imaginas cuánto disfruté de tu presencia y de tus silencios prolongados. Admiré como te sumergías en la lectura de aquel libro de portada

melancólica del que sentí algo de celos.

Suspiré cada vez que veía tu ceño fruncirse en los instantes en que tus ojos se movían con mayor rapidez por las líneas de texto, como si desnudaras las hojas con la mirada, buscando con ansiedad algo perdido; y cuando articulabas de forma casi imperceptible las palabras que leías, atrapando cada idea para hacerla tuya dentro de tu mente, infundiéndole vida y sentido.

No pude evitar enamorarme de ti. Como lo hacen los artistas de sus obras mudas e inanimadas.

Los latidos en mi pecho se intensificaban cada vez que veía como humedecías la punta de tu pulgar para pasar una página testaruda. Esa imagen

momentánea de tu lengua sonrojada, que repasaba la aspereza de la piel de tu dedo, me estremecía.

¿Cómo no amarte? Si agitaste con furia a mi corazón contrito empujándolo a palpar con efervescencia. De la misma manera en que lo hacían las bandadas de loros que volaban como una estela verde esmeralda de un árbol a otro, zarandeando a la traviesa brisa que trasportaba a diminutas espigas de diente de león haciéndolas girar sin control por los aires, para llevarlas hacia nuevos horizontes.

Perdona mi impetuosa honestidad, pero ya estoy cansada de esconder en el olvido mis sentimientos.

Con seguridad te preguntarás, ¿cómo

obtuve tu dirección? ¿Y cuál es el motivo de mi carta? Ante la primera duda, te confieso, que eso fue por culpa de tu irascible asistente.

Cuando solicitaste un cuaderno de apuntes, él tuvo que apartar los documentos que leía ubicándolos cerca de mí para hurgar dentro de un pequeño baúl, del que tuvo que sacar varios libros antes de conseguir lo que pedías. Me fue imposible no lanzar una ojeada curiosa hacia los papeles apostados a mi lado, más aún, cuando divisé tu nombre en él, junto a los datos de tu residencia.

¿Cometí un delito? Entonces, ¡que me encarcelen cientos de años! Esa información se marcó en mi memoria como si hubiera sido sellada con una barra de hierro candente, y se ha

convertido en una luz de esperanza que da calor a las emociones y anhelos apresados en mi alma entristecida.

No te desconciertes por esta indigna carta, amado Henry, ni siquiera te aventures en responderla, solo quiero utilizarla como medio para drenar mi pena. Ese es el único motivo.

Mi padre murió hace poco, aunque en realidad, no sé si está muerto. Su barco desapareció en medio de esta absurda guerra y aún no saben dónde está su cuerpo, si lo tiene el enemigo, si fue comido por tiburones o si naufraga en la orilla de alguna isla desierta. En Londres solo me dejó a mí, bajo el cuidado de un conocido suyo, y a un puñado de deudas que únicamente podían ser canceladas si yo abandonaba

la casa que ocupaba para que fuera vendida, y regresaba a este lugar, que ahora siento ajeno.

Y aquí estoy, sola en un valle erigido a los pies de una enorme montaña, tan lejana que durante el día se torna azulada y siempre está coronada por lúgubres neblinas, pero a la vez pareciera cercana, como si creciera inclinada hacia mí y me amenazara con engullirme con su magnificencia.

De ella sobresalen dos brazos largos de colinas, que cercan a este valle y lo sumergen entre las sombras. Nunca había tenido miedo a la oscuridad, ni al encierro, ni siquiera cuando debí ocultarme en los refugios subterráneos durante los bombardeos en Londres, antes de que huyera con mi padre a una

zona apartada. Sin embargo, aquí me siento claustrofóbica, como si en cualquier momento esa colosal masa de tierra y piedras pudiera derrumbarse sobre mí enterrándome viva.

En las noches me acompaña el sonido de los grillos, búhos y otros pájaros nocturnos. Es espeluznante. Y en las mañanas me despiertan los gritos ensordecedores de las guacharacas y de los gallos, quienes parecen haber elegido mi ventana como escenario para entonar sus cantos.

Es un ambiente tan salvaje que no he podido controlar el brote de mis lágrimas. Cada tarde ellas escapan para marcharse con el sol y se pierden entre la tierra fértil, transformándose en briznas de pasto.

¡Imagina todo el llanto que se ha desatado en esta región, amado mío, que el pasto se esparce por doquier y hasta crece dentro de las casas!

He peregrinado toda mi vida. Desde la muerte de mi madre, cuando apenas tenía ocho años, mi padre y yo perdimos el ancla. Nos marchamos de Venezuela y recorrimos medio mundo con solo una maleta en mano. Anduvimos por los andes visitando Chile y Argentina, luego navegamos por mares inquietos paseándonos por Alemania, Francia e Inglaterra. Escapábamos de los recuerdos y de la guerra.

Nos asentábamos cerca de las vías de un tren o de un puerto marítimo y hasta llegué a vivir en el centro apabullante de grandes ciudades. En esos lugares los

sonidos eran diferentes y cada vez que asomaba mi cabeza a la ventana no me topaba con una mula o con una pareja de chivos ruidosos, sino con gente. Y aunque eran caras desconocidas, de semblante cansado o enfadado, me resultaban familiares porque correspondían a mi propia especie. ¿Comprendes ahora mi pena?

Ruego tu perdón, amado mío. Sé que mi actitud es egoísta y abusiva, pero no tengo otra forma de canalizar mi desesperación, deja que te ame en el silencio. Piensa que soy la mujer sentada en medio de un jardín que mira con resignación su viejo pañuelo, como la que adornaba la tapa del libro que leías en el ferrocarril, una que vive en la añoranza a pesar de estar rodeada por

una naturaleza regocijante, que posee una existencia condicionada por las decisiones de otros mientras sus propios sueños son aplastados.

Imagina que estas líneas son parte de un horrible cuento de ficción inventado por un autor cruel que te irá llegando por entregas. Solo espero que al menos, sirva para entretenerte.

Deja que tu recuerdo sea mi cayado y que la loca idea de tu amor aplaque mis temores. Permíteme seguir escribiendo estas cartas que luego podrás echar a la basura con total libertad o tal vez quieras apilarlas dentro de una gaveta, como si fueran las hojas de un manuscrito apócrifo, absurdo pero divertido, que has encontrado en las profundidades de un ático.

Lo único que necesito es una forma de expresarme, un amigo inmaterial que me escuche, un rostro para el amante que protagoniza las fantasías creadas por mi mente atormentada. Tu amor será lo único que me ayudará a soportar la espera en este lugar tan sombrío, hasta que mi prometido venga y me despose. A él nunca lo he visto, a ti, sin embargo, ya te he contemplado. Estás vivo en mi memoria.

El recuerdo que guardo con mayor ímpetu es el sonido de tu voz: alta, gruesa y firme. Esa simple frase que expresaste al estar a punto de marcharme, cuando el ferrocarril llegó a mi estación: «Fue un placer conocerla», caló tan hondo en mis tímpanos que hizo vibrar cada uno de mis huesos. «El

placer fue mío», quisieron expresar mis labios, aunque fueron sellados por el temblor de la emoción. Tuve que irme en silencio, acompañada por las fuertes palpitaciones de un corazón que por años había vivido aletargado, pero que ahora, gracias a ti, posee nuevos bríos.

Te lo imploro, querido Henry, recibe mis cartas de amor, y luego, húndelas en lo más recóndito del olvido, porque solo me salvaran a mí.

Tuya siempre,

Amanda Goldstein

SEGUNDA CARTA

Los Naranjales, 12 de agosto de 1943

Adorado

Henry:

Vuelvo a escribirte, aunque no sé si estarás recibiendo estas cartas, si la dirección que memoricé es el lugar donde te encuentras o una antigua residencia, pero igual lo seguiré haciendo, ya que es la única manera de no sentirme tan sola.

Además, necesito experimentar de nuevo esa sensación de desenfreno y libertad que me dominó cuando escribí la primera. ¡Oh, sí me hubieras visto!

Mi pecho se encendió en el momento en que puse el punto final. Me sentí liviana y exultante, como si finalmente hubiera podido cerrar una herida que no paraba de sangrar, o como si liberara a mi cuerpo de un peso que había llevado por años.

Mayor fue mi emoción al acercarme a la oficina de correos, a escondidas, sin que nadie supiera lo que hacía. Mis manos temblaban y sudaban, mis guantes me ayudaron a disimular mi estado, pero me era imposible alzar la mirada y observar a los ojos al chico que recibió la encomienda. Era como si estuviera a punto de cometer un crimen, por el que me esperarían años de prisión.

Te lo juro, amado Henry, ¡jamás me había sentido tan viva! ¿Será por eso

que los criminales logran tarde una redención?

Esa noche dormí cuatro horas seguidas, más de lo que he podido descansar desde que llegué a este lugar, y me levanté con energías renovadas, dispuesta a enfrentar mi amarga realidad. Por esa razón hoy retomo el papel y el lápiz, necesito otra descarga de emociones, porque las cosas pronto se volverán más difíciles y me es imperioso ser fuerte.

La mujer que dispusieron para mi compañía me odia. Lo he visto en su mirada. Es una persona amable, pero de mente estrecha. El encargo que le impusieron no es de su agrado. ¿A quién le gustaría trabajar para una joven tan extraña como yo?

No puedo hallar un tema de conversación que mantener con ella, no comprendo su visión del futuro ni sus puntos de vista, tan dogmáticos y represivos. Tampoco puedo estar cerca de esa mujer, me apabulla el sonido de sus carraspeos y el que hace con la mecedora cuando se balancea mientras teje, tan suave y pausado, similar a las melodías de terror que colocan en la radio cuando relatan historias de seres de ultratumba. Se me eriza la piel. Junto a ella veo sombras que me rondan y acorralan.

Los primeros días, cada vez que se acercaba, buscaba una excusa para irme a otra habitación, pero ahora lo hago con total descaro, sin siquiera dirigirle una mirada. ¡Es que siento escalofríos de

solo saber que está cerca!

Poco a poco comienzo a verla como la explanada del calvario que me espera y se hace visible en medio de un camino lleno de obstáculos.

Es como si hubiese asistido a una cena formal, donde ya todo está preparado y cada quien lleva puestos sus mejores trajes. Después del saludo y durante la charla inicial se reparten los primeros aperitivos, esos con los que pretenden apaciguar las inquietudes de tu estómago (o excitarlas aún más) y te sirven para conocer los gustos de los anfitriones y la dedicación que pusieron en aquel agasajo. Así es esa mujer, una antesala de lo que será mi vida después de que mi prometido venga y me tomé como su esposa. Un aperitivo que refleja

lo que ha sido preparado para el resto de mis días.

No debería quejarme. ¿Es así, querido Henry? Miles de penas me ha ahorrado mi padre al sacarme de un país en guerra donde vivía con incertidumbres y miedos, llevándome a un lugar lleno de paz y dejándome bajo el resguardo de su mejor ahijado: un caballero valeroso y poseedor de una buena solvencia económica con la que podrá mantenerme lejos del peligro.

Es una idea hermosa, pero no logro emocionarme con ella. Mucho menos en este sitio.

No logra conmoverme el aire libre de fetidez de cloaca y de polvo de ruinas de este valle olvidado. No es pureza lo

que entra por mis fosas nasales, sino el aroma de la bosta de los animales, mezclado con el de la madera eternamente húmeda y el de la fruta podrida. Este paraje natural me es tan repulsivo por el hecho de faltarle algo vital: la libertad. Sin ella no puedo ver las bellezas que aquí se esconden.

Me han cortado las alas, amado Henry, por eso no puedo volar. Nunca conoceré los cerros con sus caminos salpicados de flores de colores, ni los ríos cristalinos o las magníficas caídas de agua que, según los lugareños, se pueden encontrar en los rincones más apartados de este valle. En estos últimos años Londres había resultado un caos, pero me sentía libre caminando por sus atestadas calles, sin rumbo fijo; y las

casas eran tan pequeñas en la zona donde me residenciaba, fabricadas tan juntas, que en ocasiones parecía que vivías con los vecinos. ¡Era imposible sentirme sola!

Aquí, en cambio, hay demasiada desolación. Si ocurriese un ataque enemigo, como los que surgieron en mi localidad, ¿a quién podría recurrir?

Para llegar al valle debes tomar en la ciudad cercana un transporte tan antiguo como la montaña que lo arropa, construido con tablas, que te pasea por casi una hora a través de una interminable plantación de caña de azúcar hasta llegar a una vía franqueada por árboles, cuyas ramas se entrelazan entre sí formando un túnel extenso. Te das cuenta lo inquietante que es este

lugar cuando pasas junto a una mansión de estilo colonial asentada sobre una pequeña loma, donde supuestamente se vivieron momentos importantes de la historia de este país, pero que ahora está abandonada, rodeada de escombros y desidia, con los jardines repletos de maleza y con rostros fantasmales asomados por las ventanas.

Desde allí el viaje continúa para sumergirte entre dos brazos de colinas que te separan del resto de la humanidad, hacia un lugar donde parece no existir la guerra, ni la crisis, mucho menos la vida agitada.

Solo el insulso poblado ubicado en la entrada me recuerda que la civilización existe, habitado por un grupo de gente que nunca deja de sonreír, quienes

caminan lento, sin prisa, y le hablan a los animales como si fuera seres capaces de razonar. Personas cuyas existencias giran alrededor de la iglesia que han construido en honor al Divino Niño, a una plaza repleta de árboles frutales y al humilde mercado de víveres donde realizan más trueques que ventas. Individuos entregados en cuerpo y alma al trabajo, a la veneración de sus santos y a una admiración casi divina a la montaña, de la que aseguran recibir todo lo que necesitan.

Campeños de trato afable, aunque algo ignorantes y muy supersticiosos, con los que me ha costado congeniar.

Pero no creas que me tocó vivir entre ellos, sino mucho más arriba, entre potreros y vaquerizas, pasando conucos

y plantaciones de cacao, maíz y café, y cerca de un cuartel militar que protege una vía que lleva al interior de la montaña, por donde se puede llegar a un puerto marítimo después de horas de recorrido sobre una mula.

Sola. Me siento tan sola en este valle que es desesperante. No sé por qué mi futuro esposo me envió a este lugar y prometió desposarme aquí, teniendo él una casa grande en la ciudad cercana, donde conviven a sus anchas las familias adineradas.

¿Comprendes ahora por qué temo tanto a mi destino? ¿Por qué necesito escribirle a un desconocido con el que solo compartí unas horas en un tren?

Este incierto contacto es lo único que

me mantiene cuerda y las emociones que experimento al enviarte una carta me ayudan a olvidarme de mi horroroso futuro. Perdona si te resultan molestas, amado mío, recuerda que si así lo prefieres puedes echarlas al fuego después de leerlas. Tal vez estas palabras necesiten de esa purificación para que obtengan algún sentido.

Ahora debo dejarte, pronto será la hora de los rezos vespertinos. Mi desagradable acompañante llegará en cualquier momento enfundada en alguno de sus antiguos vestidos de encaje blanco y portando en la mano su rosario de cuentas brillantes, tan negras como tus amables ojos. Los únicos que han sido capaces de despertar a mi alma adormecida con solo una mirada.

Tal vez la oración me ayude a tranquilizar un poco mis inquietudes, ya que mañana llegarán mis futuros suegros, a ultimar los detalles para mi boda.

Mi crucifixión está cerca. Tu recuerdo es lo único que me ayuda a soportar estas largas horas. No me lo quites, querido Henry, o será mi fin.

Tuya siempre,

Amanda Goldstein

TERCERA CARTA

Los Naranjales, 19 de Agosto de 1943

Amado Henry:

No sé cómo describir el terror que siento en este momento.

Hace unos días llegaron a casa mis suegros. Ella es baja, de cuerpo robusto y piel excesivamente blanca. Su rostro ajado y de semblante rígido parece inmutable ante cualquier sobresalto; y sus ojos grises me gritan día y noche reproches y desaprobaciones.

Me da temor estar cerca de esa mujer, que con su silencio marcado deja en claro su desacuerdo ante el futuro enlace

de su hijo con una paria como yo.

Mi suegro es otra cosa. Siempre anda vestido de forma impecable, con sus trajes oscuros cortados a la medida y bien almidonados; con sombreritos de canotier de alas rectas y copa baja y plana sobre su cabeza, y aferrado a su mano, un bastón de madera que brilla más que sus zapatos. Es un militar retirado, un Capitán, a quien le entregaron estas tierras como trofeo por un servicio ejemplar. Es alto, pero tan robusto como mi suegra, y su piel sudorosa desprende un aroma intenso, como el de la madera del roble, que en ocasiones me resulta desagradable.

Aunque lo que más me afecta de él es su mirada hambrienta y aprensiva, que me persigue por toda la casa y sin

descanso.

No puedo huir de su vigilancia. Cada vez que me ocupo de algún oficio lo consigo observándome desde los rincones. Ni siquiera, cuando voy a la quebrada cercana para ayudar a lavar los trastos o la ropa, me libro de él. Me sigue con la excusa de evaluar los alrededores, supervisar la apertura de los caminos o la construcción de los cercados que limitan a los conucos.

En ocasiones me mira perezoso. Se frota el ancho estómago y se relame los labios mientras me repasa de pies a cabeza. Es humillante. Mi piel se eriza y mi pecho se contrae a causa del asco que me produce esa apreciación.

Su esposa lo ha notado, quizás por

eso me trata de forma fría y distante y se queja constantemente de mis modales y vestidos, afirmando que no he recibido una buena crianza. Aunque hay días en que me evita o masculla reproches que pretenden ser solo para ella, pero que mis oídos captan a la perfección.

Estos días me he sentido más sola que nunca. No sabes cuánto ansío estar en otro lugar. Contigo. Sin más compañía que nosotros dos.

Cada vez que la tristeza me invade pienso en ti. Tu recuerdo es lo único que me mantiene en pie.

Ayer, durante la tarde, me atreví a exteriorizar las emociones que siento. Fui con mi acompañante a un manantial ubicado a unos cuantos minutos de

camino, para darme un merecido baño. Ella se quedó un poco alejada del río, bajo un enorme castaño, sentada sobre sus raíces con su biblia entre las manos, y yo aproveché la soledad y me despojé de toda mi ropa, para sumergirme en aquellas aguas transparentes, ubicadas a los pies de una pequeña cascada. Sonreí de satisfacción al sentir cómo el líquido recorrió cada espacio de mi piel y la impregnó con su frescura.

No te lo negaré, amado mío, obtuve un momento de paz mientras me dejaba abrazar por esas aguas cristalinas y dulces. En Londres jamás pude vivir un momento igual, nunca hallé un sitio tan exquisito.

Tomé una pastilla de jabón y con ella me froté el cuerpo, sintiendo mi piel

estremecerse como lo hacía el espeso ramaje de los árboles con las brisa. Cerré los ojos y pensé en ti. Te necesitaba tanto que quise evocarte de alguna manera.

Imaginé que me veías desde la distancia, oculto entre los grandes apamates y samanes que crecen en los alrededores, y te acercabas sigiloso, para cernir tus grandes manos sobre mi cuerpo, como lo hiciste en el ferrocarril con aquel libro.

Una sensación desconocida se apoderó de mi existencia a medida que mi mente recreaba a tus dedos largos deslizándose por cada recoveco de mi piel, para acariciarme. Mis propias manos se movieron como poseídas, trazaban el camino que tú debías seguir:

alrededor de mis pechos, por encima de mi vientre y en el valle ubicado entre mis piernas. Te hundías dentro de mí. Tan profundo... una y otra vez.

Un oleaje de calor se desató en mi interior y navegó por mi organismo hasta morir como una espuma que goteó entre mis muslos pálidos. Gemí tu nombre, mientras mis extremidades sufrían una violenta conmoción. Me había transformado en tu musa, en tu libro, en ese objeto de placer que atrapó tu atención hasta liberarte, liberándome a mí también.

Me sumergí para calmar el calor abrasador que me invadió, pero estando dentro sentí un movimiento extraño, como si una corriente girara a mí alrededor en un suave torbellino. Abrí

los ojos bajo el agua y me pareció ver tres formas claras a pocos metros. Emergí para recuperar el oxígeno en profundas bocanadas y te juro, amado mío, que lo que flotaba en ese manantial eran tres urnas pequeñas de madera blanca. ¡No imaginas el miedo que me invadió!

Me costó salir del agua. Estas giraban y formaban un remolino que me arrastraba hacia sus profundidades. Luché y luché hasta poder escapar. Cuando llegué a la orilla temblaba de pies a cabeza y jadeaba aterrada.

Al voltearme hacia el manantial todo estaba en calma. El agua corría con suavidad en dirección a la quebrada, sin urnas en su interior. Lo miré confundida y aún con el corazón martillando en mi

pecho, pero un sonido en los alrededores me obligó a virar hacia la vegetación.

Al ver movimientos entre los matorrales me sobresalté. Casi enseguida recordé que estaba desnuda.

Un nuevo terror se apoderó de mí, querido Henry: ¡me acechaban! Corrí hacia mi ropa y en lo que dura una exhalación me puse el vestido. Mi cuerpo continuaba estremecido.

Mi acompañante apareció de manera repentina, haciéndome gritar por la sorpresa. Con severidad me reprendió, decía que había tardado tanto que por mi culpa llegaríamos tarde para los rezos vespertinos. Mientras terminaba de vestirme lancé una ojeada hacia el agua,

donde parecía no haber ocurrido nada fuera de lugar. Luego oteé los matorrales, que estaban invadidos por una apacible calma.

En ese momento no supe si lo que vi y escuché fue parte de mi imaginación o de verdad había ocurrido. Con manos temblorosas terminé de acicalarme y me marché.

El instante más atrevido y excitante de mi existencia fue breve, como todo lo bueno que sucede en mi vida, y quedó apilado en el rincón más oculto de mi memoria. Aglomerado entre polvo y telarañas.

Pero lo peor vino unas horas después, cuando compartimos la cena con uno de los granjeros vecinos, un militar dueño

de una porqueriza que abastece de carne a todo el poblado y vino acompañado de su hijo, un chico de mi edad que no dejaba de coquetear conmigo ignorando los gruñidos de mi suegra.

Me sentí cohibida por las miradas libidinosas que me lanzó mi suegro desde el otro lado de la mesa. Su apreciación enfermiza fue tal, que mi estómago se comprimió en un puño. Las pocas cucharadas de caraoatas negras que me esforcé por consumir me pasaron por la garganta como si fueran manojos de tierra y pasto, que entraban en mi cuerpo para enterrar todas mis emociones.

Mi acompañante, por sacar a relucir un tema de conversación, habló sobre el paseo al manantial, donde ella aseguró haber sido atormentada por los

mosquitos y las arañas. El granjero rio con sonoridad y contó que, según los lugareños, ese manantial está embrujado, y a la gente que anda por malos caminos allí se le aparecen espantos que pretenden ahogarlos en esas agua.

Mi silencio fue sepulcral. Estaba tan avergonzada que no podía ni alzar la vista.

Sé que cometo una vil fechoría, querido Henry, al encapricharme con el recuerdo de un hombre al que conocí de forma casual y con quien compartí el vagón de un tren durante unas pocas horas. Yo, una mujer que pronto contraerá nupcias con otro, con un hombre al que no conoce y a quien por supuesto, no ama.

Sí, soy una pecadora, y quizás por esa osadía fui castigada desde el más allá. Pero, ¿acaso no es pecado lo que hacen conmigo?

Sé que mi padre hizo lo que hizo por amor a mí, al garantizar mi seguridad atando mi vida a un burgués que pudiera mantenerme lejos de la guerra. Aunque debería agradecer su gesto siendo más prudente, mi corazón se rebela contra ese designio. ¡Quiero ser libre! ¡¿Es eso un delito?!

Al terminar la sobremesa el vecino se despidió y se retiró con su hijo, escoltado por mi suegra y mi acompañante. Yo quedé allí, sumida en mi congoja. Mi suegro se puso de pie y antes de seguirlos, llevando consigo su taza de café, caminó hacia mí por estar

ubicada junto a la puerta que dirige al salón. Por el rabillo del ojo lo vi besarse la punta de dos de sus dedos que luego posó sobre mis labios, sin detener sus pasos.

Ese gesto petrificó a mi organismo, me arrancó todo el aire de los pulmones y diluyó cada gota de sangre en mis venas.

No sé cuánto tiempo estuve inmóvil. Al percatarme que una lágrima corría por mi mejilla me levanté y con pasos temblorosos escapé hacia mi habitación. Cerré la puerta con seguro y atravesé una mesita frente a ella para que sirviera de obstáculo.

¡Oh, mí adorado Henry, qué terror! Me quedé bajo las sábanas hasta la

mañana siguiente, y a pesar de estar oculta sentí que había ojos que me vigilaban. Fue espantoso e inquietante. No sé cómo podré recuperar la paz después de ese hecho. Han roto lo último que mantenía mío: mi privacidad.

Te guardaré en mis secretos y evitaré por todos los medios exteriorizar lo que siento por ti. Allí, en mi subconsciente, estarás seguro, así reciba a diario un castigo divino. Ese es mi destino.

Tuya siempre,

Amanda Goldstein

CUARTA CARTA

Los Naranjales, 26 de agosto de 1943

Querido Henry:

Esta carta la escribo sentada en el porche trasero. La enorme montaña azul me sirve de telón de fondo mientras me rodea un día apacible, a punto de ensombrecerse por culpa de las nubes de lluvia.

Es un día triste, como los demás. Uno que en pocos minutos comenzará a llover, alimentando aún más al incontrolable pasto que crece hasta en mi conciencia. Porque eso debe ser lo que le ocurre a mi cabeza, amado mío,

que está llena de maleza inservible y no es capaz de diferenciar una cosa de la otra. Todo lo veo igual: verde.

Intento descubrir distintas tonalidades, pero creo que además tengo algún problema en los ojos. En ocasiones me parece divisar un rastro de violeta o dorado entre el follaje y afinco mi atención en ese punto. Tanto, que enseguida el color se expande hasta ocupar por completo mi campo visual, y me deja enceguecida, quedo obnubilada por el nuevo brillo.

Eso me ocurrió hace unos días con un personaje singular recién llegado a este apartado valle. Se trata de una mujer de apariencia exótica, llamada Lulú, venida de tierras lejanas, quien pretendió instalar una sala de juegos de azar cerca

del trapiche donde se tritura la caña de azúcar. Las campesinas se unieron en una especie de «asociación» encargada solo de sacar a esa mujer. Y lo lograron. Con el apoyo del Párroco y de algunos hombres mayores convencieron al Prefecto de no otorgarle los permisos requeridos.

Una población unida y sedienta de venganza es capaz de mover hasta una montaña inmensa, como la que hoy me acompaña. Y eso fue lo que Lulú despertó en todos: venganza, por atreverse a resquebrajar los profundos cimientos de la base social aquí imperante, anclados en el costumbrismo.

Parece que en este lugar la guerra perdió su camino, querido Henry, porque de ella ni se habla, pero sí lo

hicieron las tradiciones y las convenciones sociales.

Al principio, no comprendía el rechazo que sentían por esa mujer. Cuando la vi en la plaza el día de su llegada, cierta mañana en que acompañé a mi suegra en la búsqueda de provisiones, me resultó graciosa y alegre, aunque muy joven y bonita para vivir alquilada en las instalaciones del único bar del pueblo. La profundidad de su mirada ambarina impactaba de tal manera, que las personas a quienes ella les dirigía su atención se comportaban como cervatillos nerviosos.

En las noches ofrecía un espectáculo musical al que asistían todos los hombres del valle. Las mujeres del pueblo comentaban que en las afueras

del recinto vendían una tarjeta con su foto, en la que salía con muy poca ropa. Los que la adquirían actuaban como atolondrados, manipulados por un hechizo satánico cuyo propósito era aspirar las almas de los incautos.

En la iglesia escuché que a un empleado del trapiche, por estar observando la imagen de esa bruja durante el trabajo, casi pierde un brazo al pasar cerca de la polea con forma de eje que conduce a la caña hasta las ruedas trituradoras de piedra. La pieza lo haló por la camisa, y si no fuera por la oportuna intervención de sus compañeros, quedaba tan aplastado como terminaban los palos de la caña después de que les exprimían todo el jugo.

Esa mujer poseía una belleza extraña. No contaba con facciones delicadas y era muy alta y de espalda ancha, pero sus ojos embrujaban y su boca estaba constituida por unos labios gruesos maquillados siempre con un labial color cereza que parecía melaza. Le gustaba vestir trajes de seda, largos y elegantes, que se escurrían por su piel como si fueran un viento primaveral. Paseaba por las polvorientas calles del pueblo envuelta en pieles de zorro, que las entendidas en la materia aseguraban que eran falsas, y calzando costosos zapatos, aquí, donde cabía la posibilidad de toparse con una bosta de mula de camino al mercado o con un charco de barro al entrar a la iglesia.

En este pueblo la atención más

interesada que puedes conquistar es la de los perros hambrientos que vagan por los senderos, sin embargo, eso a Lulú no parecía inquietarle. Observaba a los conucos con admiración, se detenía en las esquinas a recoger flores con el gusto de una niña que nunca había visto de cerca tal cosa, y miraba a la montaña con tanta melancolía, que te confieso, amado mío, me inspiró a hacer lo mismo, y ahora me paso las tardes apreciando embelesada a la neblina bajar con lentitud hasta ocultar tras su bruma a la espesa vegetación. Es una imagen idílica, te lo confieso.

Pero siguiendo con Lulú, cada día ella salía a la calle engalanada con sus mejores prendas y deambulaba sobre su Lincoln negro, que resultaba más

moderno que el del Prefecto, mientras un puñado de chiquillos corría tras el auto para intentar ganarle una carrera. Merodeaba por entre carretas de mulas o campesinos de a pie, quienes se detenían para seguir su paso con una sonrisa tonta dibujada en sus rostros.

La consideraba una dama coqueta, segura de sí misma y enamorada de la vida, e incluso, de este anodino valle. Sin embargo, al ver que un hombre como mi suegro, que a cada instante se queja por un dolor en la cervical o por su colon inflamado, saltaba a través de una ventana para ir a verla, mi opinión de ella comenzó a cambiar.

El viejo, en una osada escapada, brincó la verja con la agilidad de un muchacho. Quedé boquiabierta cuando

lo pillé desde mi habitación. Supe que iría a ver a Lulú porque unos metros más adelante, bajo una frondosa mata de mango, divisé a uno de los conuqueros del fundo esperándolo con dos mulas preparadas. El sujeto agitaba sobre su cabeza una tarjeta con la imagen de la joven para animar a mi suegro a que apresurara la huida.

Esa noche no pude dejar de pensar en esa mujer y en su poder seductor.

Sentada en el pórtico y con la vista dirigida hacia el firmamento nublado pasé las horas imaginándola sobre un escenario, ataviada con algún traje llamativo y brillante, tan dorado como sus cabellos.

Ella fue una de esas luces, querido

Henry, uno de los destellos que divisé entre los verdes matorrales y se expandió hasta enceguecerme.

Pero mi quimera se cortó una hora más tarde, en el momento en que vislumbé a mi suegro regresar cabizbajo a casa, solo, y caminando con tristeza por el oscuro sendero. No se dirigió a la ventana por la que había escapado, sino hacia la puerta principal. Estaba tan conmocionado que no le importó si mi suegra se daba cuenta de su trastada. Aunque te confieso, amado mío, que ella estaba tan enterada como yo de esa salida, por eso lo esperaba en la sala, fingiéndose ignorante.

Cuando vi al hombre cruzar el umbral del pórtico con el semblante congelado y los ojos casi desorbitados, sentí una

punzada de inquietud en el pecho. Pasó a la casa en silencio, nunca me miró, ni atendió a las preguntas de mi suegra mientras estuvo dentro, siguió hasta su habitación como si fuera un sonámbulo. Ella, inclusive, se mostró preocupada en vez de enfadada, pero no lo siguió. Se quedó en la sala y continuó con su tejido pudiéndose apreciar en sus ojos un resplandor de satisfacción, o eso fue lo que creí ver en ese momento.

Para mí, aquello fue una señal.

Que alguien pudiera expresar la sangre lujuriosa de ese hombre hasta dejarlo postrado en una cama, era un indicio claro del poder deslumbrante que poseía. Mi alma saltó de alegría. Se confirmaba mi teoría de que Lulú sería el color que doblegaría al asfixiante

verde que me rodeaba.

Comencé a sentir la necesidad de acercarme a ella. Por un momento creí que moriría si no la alcanzaba. La idealicé como un prisma, que aprovechaba hasta el más débil rayo de sol para convertirlo en un arcoíris. Era mi esperanza de felicidad y compañía, una posible amiga.

He mentido mucho en mi vida, con vergüenza te revelo ese secreto, y aunque prometí nunca más cometer ese delito, no pude evitar hacerlo a la mañana siguiente para ir al pueblo y buscar a Lulú.

¡Es que estaba encandilada por el intenso brillo de esa mujer!

Inventé una excusa para que me

permitieran ir a la iglesia y me aferré a ella como si fuera la única rama que me salvaría de una feroz corriente. Había sido tan firme mi intención que mi suegra, la mujer que más me odia en la faz de la tierra, le insistió a mi agria acompañante para que me llevara a cumplir con mi necesidad.

Aunque ahora que lo pienso mejor, creo que lo hizo para alejarme por unas horas de la casa. Estaba tan enfurecida por el estado catatónico en que había quedado su esposo que hasta el zumbido de las moscas le molestaba.

El caso es que pude llegar al pueblo a media mañana y durante el camino tuve tiempo de planificar la manera en que me libraría de mi cuidadora. Fue fácil. En la iglesia le prendí una vela al

Divino Niño y la mujer de forma automática sacó su rosario de cuentas negras (ese que me recuerda tanto a tus conmovedoras pupilas) y comenzó a recitar un montón de oraciones.

Al verla rezar con ojos cerrados escapé con sigilo en dirección a la sacristía. Tal vez mi acompañante creyó que iría a confesarme o suspiró aliviada al saberse libre de mi presencia (recuerda que ella también me odia).

En segundos salí a la calle y esquivé con la cabeza gacha a los pocos pobladores que ese día recorrían la plaza con su atención extraviada en el verdor del valle. Temía que apreciaran en mi cara algún rastro de la tonalidad que me cegaba.

Las manos me temblaban. Sentí una emoción tan poderosa como la que experimento al enviarte una carta. ¡Era vida, amado Henry! Vida pura que bullía por mis venas, agitaba mi ímpetu y estiraba mis labios en una sonrisa involuntaria.

Llegué al bar con el cuerpo sudoroso. Los risos se me pegaban de la frente. Respiré con resuello a medida que me dirigía a la parte trasera de la casa, por un desolado pasillo lateral, mientras ponía en orden mi peinado y mi sombrerito. El corazón me palpitaba en la garganta.

Vi una ventana abierta, por donde escapaban las alegres notas de un jazz americano. Te juro, querido Henry, que pensé que caería sobre el pasto vencida

por la ansiedad antes de llegar a ella. Me controlé lo mejor que pude y luego me asomé con discreción.

Desde ahí todo comenzó a producirse con una lentitud pasmosa.

Allí estaba Lulú, recostada sobre un diván. Fumaba un cigarrillo utilizando una larga y delgada boquilla negra. Vestía una bata divina, confeccionada con una tela vaporosa y semitransparente, de un tenue rosa. Debajo se notaba una ropa interior blanca y diminuta, que remarcaba sus curvas profundas.

El júbilo se me propulsó. Sus cabellos rubios, peinados con dedicación hasta lograr grandes rulos, refulgían emitiendo rayos. Ese era mi

prisma, que disfrutaba de su soledad de una forma tan relajaba que me producía envidia.

Como una tonta me acerqué un poco más. Apoyé mis manos enguantadas en el marco y descansé mi barbilla sobre ellas. La admiré por unos segundos con adoración, como si fuera una valiosa obra de arte expuesta en un museo. Las caladas que le daba al cigarrillo eran suaves. Retenía por casi un minuto el humo en sus pulmones, luego lo expulsaba y apreciaba las formas que creaba.

Al detallarla tan de cerca pude percibir un rastro de tristeza en sus pupilas. Por momentos afincaba su mirada en un horizonte invisible y los ojos se le achicaban como si se

esforzaran por retener las lágrimas.

Algo le dolía. Era evidente que una angustia le desgarraba el alma, y por consiguiente la mía. Su pena me resultaba contagiosa.

Cuando un hombre entró a la habitación me oculté un poco más, pero sin poder apartar mi atención de lo que sucedía. Era un italiano que posee un hato de yeguas y un corral para la cría de gallos de pelea cerca del pueblo, un sujeto alto y robusto, de bigote poblado y mirada desafiante. Él se quitó el sombrero mientras se acercaba a ella. Lulú parecía ignorarlo. El hombre se recostó en el diván a su lado y con descaro le acarició el vientre.

Mi sangre enseguida hizo ebullición y

subió hasta mi cabeza amenazando con nublar-me la vista. La imagen de la mano grande del italiano recorriendo las sinuosas curvas de Lulú despertó en mí un apetito voraz. Respiré hondo, para dar sosiego a mi descontrolado corazón, sin despegarme del marco.

Lulú bajó el cigarrillo y se mostró receptiva ante las caricias. Sus ojos se cerraron y sus labios se abrieron para emitir gemidos que se hacían más sonoros a medida que la mano del sujeto se sumergía en el interior de la bata.

Sin poder evitarlo yo también gemí. Mi piel ardió, como si la mano de aquel hombre repasara mi cuerpo y no el de Lulú. Cerré los ojos por un momento, para imaginar que era tu mano la que me acariciaba, adorado Henry, y no la de

ese personaje tan intimidante.

Al abrirlos, quedé petrificada. Las atenciones del italiano se encontraban dentro de las bragas de la mujer. La emoción por poco me paralizó el corazón. Sin embargo, una terrible visión cambió por completo las sensaciones que experimentaba.

Mi boca se abrió en toda su extensión al ver que el sujeto sacaba de la prenda íntima un falo grueso y erecto, que estimulaba con firmeza. Había escuchado sobre ello, pero jamás había visto una cosa tan desafiante y portentosa.

El rostro enfebrecido del italiano se hundió en el cuello de Lulú mientras ella, o mejor dicho, él, jadeaba con

agitación.

La sangre se me heló de manera instantánea en las venas. Cuando pude reaccionar retrocedí un paso, pero tropecé con un manojo de pasto y perdí el equilibrio.

¡Este pasto es mi condena!

Caí sentada en la tierra y creo haber emitido algún quejido porque enseguida los jadeos de Lulú se silenciaron y segundos después oí pasos acercándose a la ventana.

Como debes imaginar, amado Henry, no me quedé para saber qué ocurriría después. Me levanté apresurada y corrí como alma que lleva el diablo hasta la iglesia.

Mi dama de compañía aún no había

terminado sus rezos, así que me arrodillé junto a ella y procuré controlar mi respiración. Si mi acompañante notó mi desaliento, no realizó ningún comentario ni me lanzó alguna mirada acusadora. Continuó con sus oraciones mientras yo, con semblante congelado, como el que le había visto a mi suegro al entrar a la casa la noche anterior, intentaba seguirla.

Ni siquiera tuve el valor de alzar la vista hacia el Divino Niño, temía ver reflejado en sus ojos vidriosos alguna represalia. Todo dentro de mí estaba roto. Mi prisma se había hecho pedazos, y se marchó al día siguiente del pueblo después de que las vecinas hicieran una algarabía frente al bar, echándolo del valle.

Quedé de nuevo sola, rodeada por un interminable verde. Lulú no resultó ser un nuevo tono, sino una ilusión óptica que duró muy poco.

Ya no me quedan esperanzas, amado mío. Moriré ahogada en este sombrío lugar hasta que la muerte se apiade de mi alma. Mis colores se han apagado. Solo me queda resignación.

Tuya siempre,

Amanda Goldstein

QUINTA CARTA

Los Naranjales, 07 de septiembre de
1943

Querido Henry:

He tocado fondo. Me he ganado el infierno.

La vida en este valle se sucede con una precisión asfixiante. Hay una hora específica para el canto del gallo, una para preparar la mesa, e incluso, para realizar los rezos. No puedes hacer una visita fuera del tiempo estipulado para tal fin, ni siquiera, tomar una merienda en horarios no convenidos. Las vacas mugen buscando a sus críos siempre a la

misma hora y el viento sopla con más intensidad durante la siesta.

Aquí nadie usa reloj, se guían por la sirena que emiten desde el trapiche e indica el inicio o final de la jornada de trabajo, y en base a ello organizan su día a día.

A pesar de que al llegar a este lugar esas costumbres me inquietaban, te confieso: me estoy acostumbrando a la rutina. He notado que es un castigo romper esa perfección. O al menos, intentarlo.

Me resigné, pero cometí una falta gravísima: enterré mis sentimientos de rabia y dolor en tierra fértil.

No consideré que lo que aquí se cosecha crece indetenible, se propaga, y

si no eres capaz de controlarlo, con facilidad se vuelve maleza.

Eso lo confirmé hace un par de días cuando acompañé a mi suegra al dispensario para hacerse ver una muela que le molestaba. El hombrecito que sirve de ayudante al médico nos recibió con mucho cariño. Le digo «hombrecito» porque es muy bajito, aunque su pequeña estatura no es impedimento para ejercer la profesión de enfermero. Ayuda también como partero, saca muelas, pone inyecciones y prepara ungüentos para los dolores que reparte en una bicicleta por todo el valle.

El caso es que nos llevó a una salita, ya que el médico en ese momento atendía un esguince ocurrido a uno de los campesinos, y mientras esperábamos

nos contó sobre el sermón dado por el cura en la última misa, donde hablaba de los castigos divinos que estamos recibiendo por dejar crecer en el pueblo una «mala cosecha».

Al principio pensé que el asunto era por lo de Lulú y no le presté mucha atención, pero me interesé en la conversación cuando el sujeto comenzó a relatarnos la historia de Eusebia, la hija de uno de los tantos conuqueros de la zona y de la modista que confecciona las casullas que utiliza el sacerdote. Es una chica de unos doce años, que asiste a la iglesia todas las tardes para las clases de catecismo. Según el hombrecito, esa niña ha sido poseída por el mal espíritu que dejó Lulú, y que no solo la ha afectado a ella, sino

también, a otros de sus compañeros, quienes se han mostrado rebeldes y arrogantes con sus mayores.

El enfermero decía que no había día en que esa niña no fuera soberbia y altanera, ha causado miles de incomodidades a sus padres, sentimientos que solo el Maligno puede otorgar y es producto de una «mala cosecha». Desafía a todos sin contemplación, atreviéndose a llevarle la contraria, incluso, al cura. Han debido tomar medidas severas para controlar su actitud, porque además, parece contagiar a otros chicos contemporáneos con ella.

Con intriga le pregunté cuánto tiempo llevaba esa niña comportándose así, y él me respondió que mes y medio, cálculo

que me paralizó. El mal espíritu no pudo haberlo dejado Lulú, ella apareció y desapareció en una semana. ¡Ese es el tiempo que tengo yo viviendo en este valle!

¿Te das cuenta, amado Henry? ¡La culpa es mía!

Al enterrar mi mal carácter y mis temores en este terreno fértil, ellos se reprodujeron y se propagaron. Sepultar mis penas y frustraciones ha originado esta desgracia. Ahora varias familias sufren por mi causa y deben batallar con niños difíciles de manejar. Como lo he sido yo toda mi vida.

No puedo seguir enterrando esas emociones negativas, debo sacarlas a flote, pero de alguna forma cauta, oculta

del conocimiento de esta gente. Mi maldad no puede tocar la tierra porque se expande, se vuelve maleza corrupta y descontrolada, que terminará destruyéndolo todo.

Con esa idea regresé a la casa. Tenía que buscar las maneras de destilar de mi cuerpo, y en secreto, esa perversidad. ¿Qué actos macabros podemos realizar entre las sombras? ¿Amparados en la clandestinidad?

Solo los ladrones se esconden para cometer sus crímenes, así que pensé que aquel sería mi destino: robar, porque me es imposible tomarla contra otros, como lo hace mi suegra.

Debía hurgar en la privacidad de mis semejantes para quitarles aquello por lo

que tanto habían luchado, eso que amaban. Pero tenía que ser un golpe grande, que afectara a muchos, porque según lo que había dicho el enfermero, los males se propagaban a una velocidad vertiginosa. Cada vez eran más los niños, con edades alrededor de los doce años, que se comportaban como una «mala cosecha».

Durante la tarde no hacía otra cosa que pensar. Estaba tan abstraída que no escuchaba las órdenes de mi suegra que me insistía en que no dejara de pilar el arroz recién cosechado, para que perdiera todas las cáscaras. La mujer estaba a punto de perder la paciencia conmigo, no disimulaba su inquietud.

Hasta hubo un momento en que me aconsejó que pasara por la iglesia para

que tomara unos tragos del agua bendita que se halla en la pila bautismal, y que el cura bendice para que los pobladores hundan sus dedos en ella cada vez que regresan de sus faenas en el campo, antes de persignarse. Así alejan los males.

Mientras me decía aquello, recordé que el hombrecito del dispensario nos había contado que ese tratamiento era el que recibían los jóvenes del pueblo para aplacar las emociones malignas que los agobiaban: tomaban a diario unos tragos de esa agua, así sus almas y cuerpos se purificaban, evitando que fueran infectados por comportamientos equivocados.

Gracias a ello los chicos poco a poco recuperaban la cordura, siendo

castigados por la justicia divina. Como pago por sus actitudes desviadas sufrían de dolores estomacales, diarreas y fiebres. La pasaban tan mal que no les quedaba más remedio que ser sumisos y obedientes.

Para mi suegra, y muchos en ese valle, esa agua es milagrosa.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Había hallado la salvación, el modo para drenar de mi alma los deseos equivocados, sin que estos tocaran la tierra fértil de este valle: tenía que robar la pila bautismal.

Quizás era cierto que esa agua podía eliminar el problema, pero él seguiría ocurriendo hasta que yo no evitara enterrar mis penas y frustraciones. Esa

pila resultaba un gran alivio para los lugareños, un objeto muy querido por todos. Robarlo sería un crimen castigado, incluso, por el tribunal divino. Lo que significaría mi salvación.

Mientras venteaba el arroz en una cesta para que se volaran todas las cáscaras que había logrado separar con el pilón, planifiqué la visita al pueblo en la que cometería mi delito. Tuve que esperar al día siguiente y me ofrecí a acompañar a uno de los empleados del fundo que iría por pan y leche al pueblo. Mientras él hacía las compras, yo me acerqué a la iglesia con la excusa de que me confesaría.

¡Oh, mi querido Henry! Ese día la capilla estaba más silenciosa que de costumbre. El terror me invadió. Los

santos y las vírgenes parecían mirar cabizbajos al suelo, compungidos por la afrenta que se cometería dentro de la casa de Dios.

¡Lo que estaba a punto de hacer sería una fatalidad, pero era la única manera de salvarme y protegerlos a todos!

Vagué por el pasillo principal con semblante atormentado. Estrujaba mis manos enguantadas entre sí. Al llegar a la zona del altar vi la pila bautismal expuesta en un costado. La parte superior era cóncava, fabricada en arcilla pintada de un marrón satinado, repleta de agua hasta la mitad. Cada domingo el sacerdote le agregaba más líquido y lo bendecía al final del servicio para que los habitantes tomaran la necesaria o mojaran sus dedos en ella

al regresar del campo, y persignarse. El pedestal era del mismo material y tenía talladas hojas de laurel. Me dio la impresión de que debía ser muy pesada, pero igual tenía que intentarlo.

Mi plan, amado Henry, consistía en cargar la pila y sacarla de la iglesia para esconderla en los jardines traseros, entre las parras y arbustos. El escándalo que produciría su desaparición crearía la indignación colectiva, sentimiento que necesitaba para descargar mi alma. Mientras más ofendidos estuvieran, más liberada me sentiría.

Pero justo cuando mis manos temblorosas tocaron el recipiente, escuché unas risas ahogadas que provenían de la parte trasera del palco lateral, dispuesto para el coro. Me

aterré, amor mío. Sabía que alguien se aproximaría y destruiría mi plan. ¡Debía apresurarme!

Con todas mis fuerzas la levanté, pero aquel objeto pesaba más que la iglesia entera. Solo logré alzar la parte superior, que para mi sorpresa, estaba despegada del pedestal.

El objeto resbaló y cayó al suelo partiéndose en dos. Retrocedí un par de pasos aterrorizada, con mis manos aferradas a mi boca y mis ojos abiertos en su máxima expresión. El agua se esparció por el suelo de mosaico, junto a un líquido espeso y oscuro que se hallaba en el fondo del recipiente, y parecía barro. Estoy segura de que era la sangre de Dios.

Quise correr, huir de aquel lugar antes de que me descubrieran, pero la repentina aparición de las dos personas ocultas tras el palco del coro me petrificó aún más en ese lugar. Eran mi suegro y la viuda del boticario.

La mujer estaba tan blanca como un papel, casi tan pálida como yo, y corrió azorada al exterior, acomodándose la chaqueta de su traje de lana y su sombrerito. Intenté ir tras ella para explicarle lo ocurrido, pensaba que me delataría, pero mi suegro me detuvo.

«Ni una sola palabra», me advirtió, con una mirada letal que me estremeció de pies a cabeza.

Al salir el cura, angustiado por el sonido estruendoso que hizo la pila al

romperse, yo no podía ni hablar por los nervios. Fue mi suegro quien explicó la situación, alegando que ambos estábamos en la entrada de la iglesia, a punto de entrar porque yo ansiaba confesarme, pero antes de atravesar las puertas escuchamos un ruido ensordecedor en el interior de la iglesia. Enseguida entramos, aunque no vimos a nadie, solo la pila partida en el suelo.

Me mantuve a su lado, con la boca cerrada, aún temblorosa y azorada. No comprendía su mentira. En ese momento la cabeza no me funcionaba como era debido.

El cura creyó su versión. A un respetable exmilitar nadie lo desmentiría. Argumentaron que el asunto de la pila bautismal había sido a causa

de los miles de pecados que albergaba. El peso de esos delitos la venció.

En la iglesia se organizaron jornadas de oración y vigiliass, así como de confesiones para liberar a la población de las atrocidades ocasionadas por el Maligno. El pueblo acudió en masa a la iglesia para pedir perdón y los chicos mejoraron, recuperándose así la paz.

Por una parte sentí alivio por lo hecho. Mi estrategia sirvió. Logré exteriorizar mi maldad, pero eso me hizo merecedora del infierno. Estoy condenada, amado mío, me siento marcada por el demonio, y arrastré conmigo a un inocente: a mi suegro, quien tuvo que mentir para evitar que fuera señalada.

Me siento fatal. Soy un despojo de la vida. No sé cómo soportaré esta amarga experiencia. Cómo viviré con la culpa.

Lamento hacerte cómplice de este crimen divino al contarte lo ocurrido, pero el miedo me embarga, y estoy tan sola... como lo estaré en el purgatorio eternamente cuando muera. Allí se encuentra mi verdadero destino.

Perdóname amor,

Amanda Goldstein

SEXTA CARTA

Los Naranjales, 13 de septiembre de
1943

Querido Henry:

Hoy es mi cumpleaños, por fin tengo diecinueve, aunque nunca había estado tan triste.

Esta carta será una muestra del error que significa mi existencia. Y mi despedida...

La ausencia de mi padre comienza a afectarme. Antes lo hacía con poca intensidad, porque en realidad me costaba asimilar lo que ocurría con él, pero ahora se hace más persistente. Mi

madre murió siendo yo muy pequeña, así que nos marchamos de este país, donde nací, y después de vagar por diversos destinos nos asentamos en Londres, lugar donde nació mi padre y donde aún le quedaban algunos amigos. Con esfuerzo él logró asimilarse en la Marina Real Británica, un trabajo que lo absorbió por completo, sobre todo, al declararse la guerra. Por eso casi no nos veíamos.

Me acompañaba a cenar en las noches en que sus responsabilidades se lo permitían, el resto del tiempo lo pasaba sola, siendo vigilada por una silenciosa mujer que en todo momento estaba atareada con algún oficio, o en la calle jugando con algún vecinito. Después de la comida él evaluaba mis avances en la

escritura y la lectura del inglés, y me ponía a leerle libros en español, para seguir cultivando mi idioma materno. Me contaba anécdotas de sus viajes por el mar o de sus años juveniles, evitando los temas escabrosos sobre la guerra. Ignorábamos las heridas de los bombardeos que se apreciaban en el exterior, así dolían menos.

No conversábamos, yo solo lo escuchaba, a él le gustaba hablar. Extraño su voz, su rostro severo fijo en las láminas de madera del techo o en la porción de cielo que se apreciaba por nuestra ventana.

Aún no he recibido noticias del paradero de su cuerpo, le he escrito a su abogado en Londres, recordándole el compromiso que asumió conmigo de

mantenerme al tanto de los avances de la investigación, pero no me llegan respuestas. La flotilla a la que perteneció Víctor Goldstein quedó perdida en algún punto de la costa francesa, en medio de una guerra que aun no comprendo.

Extraño también el ajetreo de la ciudad, el sonido del tren y el de los barcos que llegaban al puerto para descargar su mercancía. Era un mundo de caos, inseguro y en ocasiones perturbador, pero estaba lleno de vida.

Este valle es muy diferente, aunque comienzo a verlo desde otra perspectiva. Aquí no se habla de guerra, de razas o castas, aquí todos somos los mismos. Existen los convencionalismos, pero también la solidaridad. Al menos,

en ese sentido me ha gustado.

Las preocupaciones que agobian a los habitantes es contar cada día con suficiente agua para saciar a sus conucos y animales, evitar las plagas para que no dañen a los cultivos, acabar con las serpientes y escorpiones que invaden las casas y tener bien abastecida las reservas de leña o querosene para las lámparas. Son gente humilde, con la que empiezo a relacionarme, pero muy manipulable. Ese es mi mayor temor.

Lo confirmé al ver cómo mi suegro había influido en ellos con facilidad para hacer creer su versión de los hechos ocurridos en la iglesia. Nadie dudó de él, ningún habitante puso su palabra en entredicho, y esa no fue la única vez que hizo gala de su poder. Es

un hombre muy astuto.

Ayer fui testigo de otra muestra de su capacidad dominadora, una acción que además, me abrió los ojos, y me ayudó a comprender el duro destino que me espera.

Mi prometido envió una misiva. Según mi suegra, antes de las Navidades llegará al valle. Ellos han tenido que apresurar los preparativos para la boda, porque al parecer, otro viaje de urgencia lo aguarda. Por eso hemos tenido que salir de Los Naranjales y acercarnos a la ciudad cercana atravesando el desértico camino entre los cañaverales.

No te niego que la salida improvisada me animó, pero con rapidez esa emoción se perdió en mi subconsciente. Mi

suegro me lanzó una mirada libidinosa al verme con mi nuevo vestido blanco, lleno de puntos negros y abotonado adelante, que me había enviado mí prometido desde algún rincón desconocido del planeta como regalo de cumpleaños.

¡Es precioso! Pero realza mi cintura y mi pecho más que mis viejos trajes de lana. Por esa razón el hombre me dedicaba aquella atención tan descarada. Un gesto que no solo me irritó a mí, sino también a mi suegra, quien, como era de esperarse, descargó su incomodidad conmigo.

Después de un tenso viaje llegamos a la oficina del Registro Civil. El lugar estaba absorbido por una incesante actividad. Miles de papeles se hallaban

apilados sobre los escritorios y las secretarias no paraban de hablar por teléfono o escribir en sus máquinas.

Decenas de ciudadanos se aglomeraban en las ventanillas de atención, para hacer algún reclamo o intentar comprender las indicaciones del personal para llevar a cabo sus trámites.

Esa locura me arrancó una sonrisa. Era como si hubiese llegado a casa.

Mi suegra y yo ocupamos un asiento a la espera de un turno para ser atendidos. Mi suegro, en cambio, se fue hacia un costado para acercarse al escritorio de una secretaria que se veía abrumada ordenando un montón de carpetas. Lo seguí con la mirada. Me intrigó su actitud distraída y casual, como si

quisiera demostrar que estaba allí por motivos diferentes a los del resto de los usuarios de la oficina.

Con total desvergüenza el hombre coqueteó con la mujer para llamar su atención. Mi suegra volteó el rostro y simuló interesarse en la discusión que un anciano mantenía con un joven desde una taquilla. Su rostro endurecido reflejaba su furia.

No me juzgues, amado mío, pero sonreí divertida. No podía evitarlo. La situación fue bastante descabellada.

Mi suegro le habló a la mujer muy de cerca, sin desviar la mirada de ella, parecía un minino huérfano que suplicaba por un poco de comida. La secretaria al principio se mostró

molesta, desesperada por sacárselo de encima, pero pronto sucumbió a sus encantos. Sus ojos, de largas pestañas, bajaron con sensualidad hacia su regazo mientras se acomodaba con movimientos torpes la falda y el pañuelo prendido en la parte superior de su camisa abotonada.

Las miradas entre ambos se volvieron cómplices, hablaban entre sí a través del brillo que refulgía en sus pupilas y se decían palabras muy diferentes a las expresadas por los labios.

Vi a mi suegro acercando una mano a la de la mujer para acariciar con disimulo su palma. Con dificultad pude notar cómo él dejaba un par de billetes doblados entre los dedos de la secretaria. Ella sonrió con nerviosismo

y echó una ojeada a los alrededores. Se aseguraba de que nadie hubiera visto el intercambio.

Tuve que desviar la mirada por un instante para que no percibiera que había seguido cada uno de sus movimientos, pero enseguida la regresé al descubrir que ella se levantaba y se ocupaba en buscar lo que él le había solicitado.

Con un caminar presumido el viejo volvió junto a nosotras. Se notaba satisfecho, como un gatito después de una succulenta cena. Hasta se frotó el ancho estómago.

A él, mi suegra lo ignoró, pero a mí me golpeó con rudeza una rodilla para que me sentara más derecha. «Te va a

salir una joroba, niña estúpida», expresó con rencor. Apreté la mandíbula para soportar la rabia, pero enseguida bloqueé las emociones dañinas que ella me provocó, pensando en ti, amado mío.

Recuerda que no puedo enterrar nada insano en esta tierra fértil. Después de lo ocurrido en la iglesia no me creo capaz de hacer otra labor similar para enmendar mis errores.

Pasamos más de una hora en aquel sitio, pero te confieso, que de no haber sido por las tretas de mi suegro, que tuvo que repetir un par de veces con otras mujeres, nos habiéramos quedado allí hasta después del almuerzo.

El vello del cuerpo se me erizó al escuchar que ya todo estaba listo. Solo

había que esperar a que terminaran de redactar unos documentos que mis suegros debían firmar para dejar el trámite finalizado.

Me sentí perdida. Presa del pánico. Faltaba menos para que logaran casarme. ¿Cómo podía evitar que aquello sucediera?!

Durante mi estancia en la oficina noté que había un hombre, vestido con camisa abotonada y pantalones oscuros sostenidos por elásticos, que se movía por el recinto con soltura. Entraba a los cubículos, impartía órdenes a las secretarias y discutía con los usuarios alterados para intentar mantener el orden. Me parecía que era una especie de jefe.

Aproveché que se había dirigido al rincón donde se encontraba el termo del café y busqué una manera de acercarme a él. Quizá, si lo sobornaba de la misma manera en que lo había hecho mi suegro con las secretarias lograría que detuviera esos trámites.

¡Es que no quiero que esta locura llegue a su fin! Tiemblo de miedo de solo pensar que pronto estaré unida a un hombre que no amo.

Busqué con la mirada a mi suegro y lo vi dentro de uno de los cubículos conversando con un abogado. Mi suegra estaba sentada en uno de los asientos laterales, escuchaba con atención los chismes de la ciudad narrados por una mujer a la que conocí durante la espera. Era mi oportunidad.

Hurgué en el interior de mi manguito, hallando solo monedas. Tomé unas cuantas y me acerqué decidida hacia el joven que parecía controlar la oficina. Me detuve tras él, insegura.

¡Ay, amado Henry! No imaginas como me tembló el cuerpo en esa ocasión.

Él llenaba un vaso de cartón con café, de espaldas a mí. Aferré las monedas mientras me quitaba con parsimonia los guantes, como si con ese gesto estuviera despojándome de la timidez.

Quise decirle: «Hola, cariño, ¿puedes hacerme un favor?», o tal vez, «Ey, chico guapo, ¿te gustaría ganarte unas monedas ayudando a una joven en apuros». Pensé en diversas posibilidades, de esas que había leído

en libros o escuchado a las mujeres coquetas en la calle, pero una vez más mis cuerdas vocales fallaron. Abrí la boca y de ella solo salió un gemido lastimero que ni siquiera pudo ser lo suficientemente sonoro.

El chico se giró sin saber que yo estaba tras él. Me llevó por delante derramando su café sobre mi vestido nuevo.

Por el sobresalto las monedas salieron volando de mis manos, haciendo un ruido estruendoso al caer al suelo. Rodaron con desfachatez por debajo de mesas, entre los archivadores y los asientos de espera. Mi rostro se encendió por la vergüenza y mis lágrimas se apresaron en mis ojos.

No quería mirar hacia atrás, querido Henry. Los murmullos y las risas contenidas de las personas me indicaban que todos en el recinto habían dejado lo que hacían para curiosear.

Mis lágrimas se desbordaron al verme apabullada por los empleados, quienes se acercaron presurosos para ayudarme a limpiar el estropajo que produjo el café en mi ropa. Por el rabillo del ojo vi a varios hombres gatear por el piso para alcanzar mis monedas. ¡Qué humillación tan grande!

Con manos temblorosas volví a colocarme los guantes, pero me alteré aún más al percibir que mi suegra se acercaba a mí. Cuando dirigí la vista hacia ella, me calcinó el odio que llameaba en sus pupilas. Sin embargo, la

peor sensación la experimenté al sentir el sudoroso brazo de mi suegro alrededor de mi cintura, apretándome contra su cuerpo hinchado. Con un regocijo él agradecía a todos sus atenciones para conmigo.

A empujones me llevó hacia el exterior. Al marcharnos noté que mi suegra, con actitud tosca, recibió las monedas de parte de los hombres que se dispusieron a rescatarlas y salió detrás de nosotros resoplando quejas como un toro enfurecido. No se apiadó de mis lágrimas y me sermoneó durante todo el viaje de regreso. No creyó mi excusa de que pretendía comprarle un café al joven, ella sabía que mentía, porque no me gusta el café.

Estoy segura de que el miserable de

mi suegro sí fue capaz de intuir la verdad. Pude verlo en su sonrisa torcida y en su mirada burlona durante la comida de esa tarde. ¡Lo odio!

Al terminar el trozo de majarete de coco que me obligaron a comer de postre me encerré en mi habitación, excusándome por un dolor de panza, para no tener que salir de nuevo y enfrentar sus risas y acusaciones. ¡Soy un fracaso! No comprendo por qué la vida pierde tiempo y recursos en un ser como yo. ¿Cuándo llegará mi fin?

Por eso este día es más un calvario que una alegría. Este será un año terrible, en el que estaré hundida en la tristeza, en la soledad y la vergüenza. Qué pena el haber tenido que forzarte a ser cómplice de esta dolorosa tortura y

soportar los lamentos de una insensata como yo.

Con esta carta me despido, no puedo seguir condenándote a mi suplicio.

Fuiste el único recuerdo grácil de este viaje sin retorno, mi cayado, mi salvación, pero debo dejarte y asumir mi pena con dignidad.

Perdóname, amado mío. Seguiré amándote en mi memoria, donde mis palabras secas no te dañarán ni podrán incordiarte. Permite, al menos, ser mi amor platónico, aquel que viva en mis sueños y me ayude a controlar las lágrimas. Prometo no volver a escribirte.

Gracias por tu paciencia. Te amaré siempre,

Amanda Goldstein

SÉPTIMA CARTA

Los Naranjales, 28 de septiembre de
1943

Querido Henry:

¡¿Cómo pudiste hacer eso?!

La sangre se me evaporó del cuerpo el día en que mi suegra entró sin anunciarse a mi habitación con el rostro petrificado por la rabia. Pensé que había cometido algún error, a pesar de que evité, por todos los medios, hacer algo indebido desde aquel fatídico bochorno ocasionado en el Registro Civil.

Me pasaba los días en mi dormitorio, solo salía cuando se me exigía realizar

alguna labor. No hablaba con nadie, buscaba de forma voluntaria la soledad esforzándome por pasar desapercibida.

Y lo estaba logrando, amado mío, pero la llegada de tu carta me puso de nuevo en el atrio del escrutinio público.

A pesar de que al principio el terror me invadió por completo y me empujó a actuar de manera impulsiva, como siempre ha ocurrido en mi vida, no debería reprocharte nada, porque eso me sirvió para darme cuenta de muchas cosas y repensar mi actitud.

Ese día, en que mi suegra asaltó con descaro mi privacidad, el mundo se me vino a los pies por un instante. Ella sacudió frente a mi cara un sobre color crema que poseía una pequeña

estampilla violeta pegada en un costado, atravesada por un sello húmedo.

Tu letra, amor, ¡era tu letra la que estaba marcada en la solapa! ¡Y esbozaba mi nombre!

No tuvieron que decirme de qué se trataba para saber que era tuya. ¡Me habías escrito!

Recuerdo perfectamente los trazos elegantes e inclinados que te vi hacer en el ferrocarril aquella mañana en que nos conocimos, cuando garabateabas notas en una libreta en referencia a lo que habías leído, así como la soltura de tu mano al delinear cada palabra mientras tus profundos ojos seguían con atención su diseño.

Suspiré, al imaginarte en una postura

reflexiva e inclinado encima del sobre mientras escribías mi nombre. ¡Mi nombre!

Un gemido estuvo a punto de escapar de mis labios al sentir en mi cuerpo la caricia de tu pluma, como si yo fuera ese papel y tú recorrieras cada espacio para imprimir en mi piel frases tiernas. De ser eso posible, te juro que llevaría esas anotaciones de por vida en mi cuerpo, como esos dibujos tribales que se hacen los marineros y forajidos.

Tal fue mi idilio que poco escuché los reproches de mi suegra, quien me reprendía escandalizada por haber recibido la correspondencia de un hombre desconocido.

El corazón se me detuvo en el pecho

cuando la vi tomar el sobre con las dos manos e intentar romperlo.

No sé qué demonio se metió en mi alma, pero enseguida dejé caer al suelo el libro que leía para lanzarme sobre mi suegra y recuperar la carta que me habías enviado. La aferré contra mi pecho evitando que ella me la quitara. Fue tan violento mi actuar que la mujer, llena de ira, me golpeó con su puño en el hombro antes de salir resoplando de la habitación.

Lloré, amado mío, con una tristeza desbordante. No solo por el gesto brusco de ella, que evidentemente destrozaba algo importante en nuestra relación, sino también por todo lo que me afectaba: por mi padre, a quien no he visto desde hace meses, por este mundo

fragmentado por la guerra y el odio y por la soledad que no pretende abandonarme en ningún momento, pero también, por la emoción de haber recibido tu carta. Todo se mezcló en mi pecho y brotó en forma de lágrimas.

Esa carta me confirmaba tu existencia. Me garantizaba que no habías sido producto de mi mente atolondrada, que te imaginó como si fueras un ser celestial que acudías a mi llamado después de horas de súplicas. No estoy sola, alguien me escucha al otro lado de esa imponente montaña. Mis palabras lograron hallar un destino. Al menos, algo de mí tendrá un descanso feliz.

Mi suegro entró en la habitación un rato después. Me encontró en el suelo, sentada sobre mis talones, con el rostro

hinchado por el llanto y tu carta aún apretada contra mi pecho. No pude comprender las emociones marcadas en su semblante. Sus facciones estaban relajadas, parecían tranquilas, pero sus labios formaban una línea tensa, que aguantaba la erupción de una verborrea que vaticinaba con ser dura y ofensiva.

Y sus ojos... eran como dos pozos saturados de penas y decepciones, que reflejaban un alma cansada. Ya marchita.

Se paró firme frente a mí, como lo había hecho por muchos años ante sus superiores, y como le exigía el rango cosido a la solapa de su uniforme, ahora almacenado en el fondo del armario. Extendió una mano. Me exigía que le entregara el sobre. Yo negué con la cabeza, sin que mis lágrimas dejaran de

humedecer mis ojos.

«No, no, ¡no!», grité con desesperación, pero a él poco le importó mi ruego. Se inclinó y utilizando una fuerza que me abrumó, separó mis manos de mi pecho y me arrancó la carta con facilidad.

Quedé pasmada por unos segundos al cerciorarme de la fortaleza que poseía aquel hombre, al que consideraba débil y repugnante. Comprobé que la frágil soy yo, una insustancial brizna de pasto que nunca podrá enfrentar a un viento huracanado tan milenario como el universo.

Pensar que ya no tendría más oportunidades me deprimió. La sangre se me congeló en las venas y volvió

rígido cada uno de mis huesos y músculos. Con dificultad me levanté y entre sollozos me asomé al pasillo. Vi a mis suegros reunidos en un rincón, cuchucando entre ellos con postura severa.

¡Estaban a punto de abrir la carta, querido Henry!

Mi alma se desgarró al escuchar el sonido del sobre siendo violentado por culpa de unos dedos gruesos y torpes, pero lo que brotó de esa herida fue un fuego abrasador que encendió mis emociones. Mi vista se tiñó de rojo, de la misma manera en que lo hicieron mi rostro y mis manos apretadas en puños. Rugí de impotencia antes de correr hacia ellos.

Mi acompañante, quien observaba la escena desde el umbral de la puerta de su habitación, comprimió su cara en una mueca de terror al verme arremeter contra mi suegro para quitarle la carta de las manos. Luego lo empujé para abrirme paso y en unas cuantas zancadas llegué a la cocina. Me acerqué al fogón, cuyas brasas ardían para darle calor al guiso que se cocinaba. Lancé el sobre entre las llamas y miré con los ojos brotados y cubiertos de amargura como se volvía cenizas.

Mi suegra bramaba reproches a mi espalda, pero me esforcé porque no me afectaran. Al tener el trabajo terminado me giré hacia ellos, asumiendo una pose altiva, aunque mis ojos reflejaran lo destruida que me sentía por dentro.

Mi suegra no paraba de hablar, alterada y furiosa. Movía las manos por sobre su cabeza con nerviosismo. Mi suegro, en cambio, parecía sereno, ubicado junto a la puerta, con una casi imperceptible sonrisa en los labios. Esperé paciente a que culminara mi grosera actuación, luego se acercó a mí, con el paso de un halcón, pausado pero firme, y sin quitarme la mirada de encima.

Yo me erguí, temblorosa, y al tenerlo a pocos centímetros alcé la vista. Lo observé con desafío, a pesar de que cientos de lágrimas corrían por mis mejillas.

Nada me importó. Mis esperanzas y anhelos estaban siendo calcinados entre los carbones del fogón.

Esperé una eternidad el juicio del hombre. Era consciente de que sus palabras serían capaces de lacerar la poca determinación que me quedaba, pero él no habló. No abrió su boca para nada. Lo que hizo fue estrellar la palma de su mano en mi mejilla, con un poder tan grande que me lanzó al suelo.

Las quejas de mi suegra se silenciaron, así como el grito de mi acompañante. Solo el crujir de las llamas del fogón se hizo eco en la estancia mientras se devoraban los restos de mis emociones.

Cerré los ojos para soportar el ardor en mi rostro, que dolía más de lo que pude imaginar. Nunca había recibido un golpe como ese. Mi padre, a pesar de mi genio insolente, jamás llegó a ponerme

un solo dedo encima. La ira, la indignación y la pena me alzaron del suelo arcilloso y activaron mis extremidades para emprender una acelerada huida.

No miré atrás, no recuerdo haber escuchado nada. Solo corrí y corrí en dirección a la montaña azul.

Atravesé conucos y potreros, y senderos polvorientos tan solitarios como mi existencia, que a cada instante se inclinaban más y serpenteaban en dirección al camino que conducía al puerto marítimo. Me desvié para no toparme con los militares que custodian el cuartel y me sumergí entre una vegetación frondosa y salvaje. Subí por pendientes rocosas, hasta que quedé sin aliento y tuve que caer arrodillada para

recuperar el oxígeno.

Me incliné hacia el suelo y lancé un grito desesperado, lleno de frustración, antes de volver a erguirme en busca del aire que llenaría mis pulmones de vida.

Me quedé en esa posición, mirando al frente, por un tiempo indeterminado, admirando el vasto paisaje. Mi piel sudorosa parecía incendiarse a causa de la carrera, mis cabellos encrespados se habían vuelto una maraña que volaba en diferentes direcciones por culpa del viento, y mi rostro hinchado y enrojecido estaba además manchado de tierra, con surcos de barro delineados por mis lágrimas.

No sé qué fue lo que me calmó, si el brillo del follaje de los árboles o la

falta de los sonidos de la civilización. Las voces humanas habían quedado atrás, así como la de los animales de corral y la de los instrumentos utilizados en el trabajo del conuco y en la apertura de los caminos. La sirena del trapiche no llegaba a ese punto en la montaña, ni la de los autos o las carretas jaladas por mulas. Me hallaba lejos, muy lejos.

El trinar de los pájaros y el gorjeo de los insectos era lo único que invadía mis tímpanos, interrumpidos por el ocasional silbido del viento y una lejana corriente de agua. Me levanté curiosa y caminé casi por inercia hacia el sonido del río. Esquivé grandes peñascos y subí con la ayuda de inmensas raíces hasta llegar a una explanada cubierta por un pasto suave.

El ruido del agua se intensificaba tras una cortina de árboles. Me dirigí hacia ellos, pero antes de llegar, algo me detuvo.

Mis ojos se abrieron desmesuradamente al oír el canto desaforado de una bandada de aves. Corrí para ocultarme tras un eucalipto, con el corazón palpitándome en la garganta, pero no pude evitar echar un vistazo.

¡Si hubieras estado ahí, amado Henry! Salí de mi escondite para apreciar el paso de un gran grupo de pájaros. La variedad de colores tintaba el cielo y los distintos sonidos que emitían inundaban el valle. Volaron sobre mi cabeza en dirección a la montaña azul.

Era una migración inmensa y muy ruidosa. Sonreí y alcé los brazos hacia ellos. Anhelé que mi cuerpo mutara y me salieran alas para unirme en su viaje.

Mientras las aves seguían apareciendo me tumbé boca arriba sobre el pasto y lo acaricie captando su cosquilleo entre mis manos. Al cerrar los ojos sentí una fuerza salir del interior de la tierra. Un halo mágico que me cubrió por completo y me arropó como lo hacen las madres que abrigan a sus hijos al acostarlos en sus camas.

Me quedé allí, cobijada por esa fuerza protectora, deleitándome con el sonido de las aves que poco a poco desaparecían hacia la montaña. Pensé en ti y en las palabras que habías plasmado en esa carta que nunca leeré.

Jamás sabré si lo que habías escrito eran reproches o frases de ánimo. ¿Estás enfadado conmigo por mi atrevimiento de redactar estas tristes líneas?

Te dije que no respondieras a mis cartas, que las guardaras como si fueran parte de una historia que no tendrá un final feliz. Solo debías almacenarlas o lanzarlas al fuego, sin concederle importancia alguna.

Te había prometido en mi mensaje anterior que no te escribiría más y me esforcé por cumplir mi palabra. Aunque te confieso que esa falta de comunicación aumentó mi depresión e hizo más amargos estos días.

Perdóname, amor mío, por retomar de nuevo esta costumbre, pero ahora más

que nunca necesito de ti. De este contacto incierto y distante.

Después de un tiempo que no sabría determinar, uno de los conuqueros del fundo apareció acompañado por su perro de raza indefinida y con su escopeta en la mano.

«Pero, niña Amada, ¿*qui* hace en el piso? Párese o cojera un catarro». Me reprendió con dulzura el hombre, al verme de espaldas sobre el pasto y con la mirada puesta en el firmamento ya despejado de aves. (Ese campesino y su esposa, desde que me conocieron, me llaman Amada y no Amanda).

Me puse de pie en medio de risas. Chucho, que así se llama el perro, un espécimen de color tierra, larguirucho y

de rabo delgado, se abalanzó sobre mí para lamirme la tierra que tenía en el rostro.

«*Vamono*, niñita, antes que salgan los búfalos y nos metan sus cuernos». Su advertencia me extrañó. Él la dijo utilizando un tono preocupado y lanzó una mirada inquisidora hacia el paraje mientras tomaba con ambas manos su escopeta. Quise preguntarle sobre esos animales, pero enseguida aparecieron dos conuqueros más que habían sido enviados por mi suegro. Ambos estaban también armados y se mostraban inquietos por los supuestos búfalos.

Preferí no preguntarles nada y los seguí de regreso a la casa, aunque me sentía intranquila, no sabía cómo enfrentar a mis suegros después de lo

ocurrido.

Para mi sorpresa, al llegar, mi suegra se lanzó sobre mí y me recibió con un fuerte abrazo en medio de un llanto agobiado. Ese gesto no me lo esperaba.

Mi suegro no se me acercó, se limitó a mirarme desde una distancia prudencial, pero en su rostro se podía apreciar la angustia que lo había invadido. No sé qué ocurrió exactamente tras mi partida, pero la actitud de ellos fue bastante impredecible.

Después de esa tarde la relación entre nosotros se ha vuelto más distante. Nadie ha dicho nada sobre la carta ni sobre la discusión, mucho menos sobre mi huida. Durante el día evitamos estar uno cerca del otro y en las comidas, el

silencio es pronunciado y los ojos se mantienen fijos en los alimentos.

No sabría decirte si lo sucedido ha sido para bien o para mal, pero sí puedo revelarte que ha cambiado algo dentro de mí.

Ya no paso las horas de ocio encerrada en mi habitación. Salgo al patio y camino entre las plantaciones. Disfruto de la imagen de esa montaña azul que resultó ser un refugio de aves migratorias, de la que brota un agua dulce y enigmática y posee una tierra tan fértil que hace que todo crezca de manera indetenible. Donde se pueden ocultar suspiros, pero que también, posee grandes peligros, capaces de transformar hasta el corazón más duro. Creo que comienzo a admirarla, amor

mío, o quizás, a sentir cierto respeto por ella. Es una sensación confusa.

Me despido enviándote un beso, porque en cierto modo eres el artífice de ese cambio. Y recuerda: no respondas a mis cartas, te lo suplico. No gastes tu valioso tiempo en alguien como yo, que poca importancia tiene en esta vida. Sé feliz, mi Henry, que esta historia pronto acabará.

Tuya siempre,

Amanda Goldstein

OCTAVA CARTA

Los Naranjales, 06 de octubre de 1943

Querido Henry:

¡He vivido una experiencia aterradora!

Como paso más tiempo en el campo he tenido mucho contacto con los lugareños. Descubrí que son gente dulce y sencilla, amantes del trabajo. No dudan en levantarse antes del alba para estar el día entero entre sus cosechas. Las mujeres son laboriosas, cosen, tejen, limpian, buscan agua en las quebradas, cuidan de los niños (que son incontables) y hasta atienden sus huertos

y animales. Son indetenibles, me cuesta seguirles el paso. Pero además, suelen ser supersticiosos y en extremo, sugestionables. Relacionarme con ellos me ha ayudado a conocer un poco los misterios de este lugar, los atractivos que esconde bajo su paisaje.

¿Recuerdas la mansión que una vez te mencioné? ¿Aquella que se encuentra de camino al valle? Me contaron que en el pasado formó parte de una hacienda de caña de azúcar propiedad de un Marqués español, quien ocupó cargos políticos en la época colonial. Tras ella instalaron una escuela para varones atendida por unos frailes alemanes. Ellos fueron los primeros en llegar a estas tierras y junto al colegio cosecharon un amplio sembradío de naranjas con el que

abastecen a media ciudad. Es por eso que a esta región la llaman Los Naranjales, porque esa fue la referencia que usaron los habitantes para indicar dónde vivían: «pasando los naranjales».

Luego fundaron el cuartel militar para custodiar la entrada hacia el puerto marítimo y con el tiempo les concedieron a los soldados un trozo de tierra donde pudieran asentar sus hogares y traer a sus familias, así se aprovechaban los terrenos. Años después el gobierno decidió construir el trapiche y explotar la caña de azúcar que aquí crece como maleza, lo que atrajo el interés de más personas, convirtiendo con rapidez este territorio en un poblado organizado a los pies de esta gran montaña, que esconde infinidad de

secretos.

No he podido dejar de sentirme atraída por esos misterios y he estado indagando. (Soy muy curiosa, amado mío, no sé si ya lo habías notado).

El caso es que, según los ancianos, el Marqués dueño de la hacienda mantenía en buen estado la plantación de caña y una cría de búfalos. Durante los años en que se luchó por la independencia de Venezuela, él tuvo que huir a España, no sin antes esconder su gran fortuna en el valle, con la intención de volver por ella cuando la rebelión fuera disuelta. Pero murió de una extraña enfermedad semanas después de llegar a su país, dejando aquí sus valiosas posesiones.

Muchos intrépidos aventureros se han

arriesgado a buscar ese tesoro, incluso, antes de que llegaran los frailes o los militares. Han cavado en cada rincón, sin encontrar nada, transformando esa historia en una leyenda. Algunos se han acercado tanto a la falda de la montaña que dicen haberse topado con los búfalos que el Marqués dejó abandonados.

¡Imagínate, amor mío! De ser cierto esos cuentos, esos animales llevan aquí más de cien años y han sobrevivido creciendo salvajes e indomables en la montaña. El asunto es que en realidad, nadie los ha visto, solo han creído encontrarse con ellos. He escuchado anécdotas sucedidas a los abuelos de sus abuelos, o a un amigo de sus amigos.

Dicen que ha habido muertes en este

valle por causa de esas bestias. La más reciente ocurrió a finales del año pasado, cuando hallaron a una joven muerta cerca del cuartel, con una horrible herida abierta en su costado, que según los entendidos, fue hecha por los cachos de un búfalo. La chica había huido de su casa con un enamorado, a quien nunca presentó a sus padres por temor a que no le aprobaran el noviazgo. Nadie supo quién fue ese joven, ni si había estado con ella durante el ataque. El dolor por la trágica y espantosa muerte abatió tanto a los lugareños que les robó hasta el ánimo por iniciar una averiguación.

También me contaron que han encontrado a varios animales muertos o gravemente heridos con lesiones

similares a la de la mujer. Es por eso que todos procuran estar armados si deben internarse en las profundidades de la montaña y no viajan solos a ese paraje.

Por esa razón mis suegros temieron tanto el día en que hui al enfrentarnos por tu carta. Si perdía la vida, atacada por esas bestias, ellos tendrían que responsabilizarse por ese hecho ante mi padre (si es que está vivo) y ante su hijo, mi futuro esposo. Una falta que el intachable matrimonio Landaeta no podría soportar.

El caso, querido Henry, es que mi obsesión por la montaña crece y crece. Cada día pienso en la explanada cubierta de pasto en la que estuve días atrás, tan verde y suave, en las aves

multicolores que llegan traídas por el viento y en ese río que no alcancé a ver, pero que se escuchaba impetuoso. Más aún, en esa energía que brotó de la tierra y me arrojó como si quisiera protegerme cuando caí abatida sobre la hierba.

Quiero ir de nuevo, para volver a experimentar las sensaciones placenteras que disfruté en esa ocasión, deleitarme con los sonidos de la naturaleza, libres de la influencia humana, y conocer esa fuente de agua que sonaba arrebatadora, como queriendo llevarse consigo todos los males y pesares que encontrara a su paso. No creo que sea un simple manantial, como los que abundan en esta zona, o como las pequeñas quebradas

utilizadas por los lugareños para el lavado de los trastos o el riego de los conucos. Ese debe ser un río grande, que quizá cuente con una gran cascada. ¡Estoy ansiosa por verla!

Ha sido difícil controlar mi pretensión, ni siquiera las historias aterradoras de los búfalos han podido rebajarme la inquietud. Estoy tan sola en esta casa, tan ignorada por mis suegros y mi acompañante, que veo a la montaña como si fuera una amiga que me llama con insistencia para que acuda a su encuentro.

En varias oportunidades he estado a punto de correr como lo hice aquella vez, sin descanso, hasta que el aliento se me agotara, pero para atreverme a actuar de esa manera necesito que mis

emociones hagan ebullición. Ese día la rabia, el miedo y la indignación me cegaron, y me empujaron a actuar sin preocuparme en nada más. Sin ellas, no puedo evitar ser prudente.

Pero te contaré algo, amado mío, un secreto que solo a ti puedo confesarte, y por el que siento vergüenza:

Acepté la invitación del hijo del granjero vecino del fundo, ese militar que tiene una porqueriza con la que abastece al pueblo. El chico ha venido a escondidas algunas tardes y me trae guayabas y mandarinas. Nunca entra a la casa, mi suegra lo trata con retrechería, sino que me aborda cuando paseo por las plantaciones y me narra anécdotas interesantes del valle. Un día me habló de unos antiguos corrales de piedras que

él dice, fueron contruidos por indígenas antes de que estas tierras fueran descubiertas por los españoles. Me comentó que esos corrales los utilizó el Marqués para resguardar a sus animales, y según el joven, a su alrededor crecen las amapolas como hiedras salvajes, tintando el pasto con intensos tonos rojos y amarillos.

La historia de las amapolas aumentó mis ansiedades. Con solo imaginar que existe un campo lleno de esas flores en su estado natural, mi atracción por esa zona desconocida se intensificó. Accedí a su propuesta de ir a ese lugar sin que se enteraran mis suegros. Estaba cansada de la soledad y de las agobiantes prohibiciones, por eso me escapé con él una madrugada, antes de

que el sol se asomara por encima de uno de los brazos de colinas del inmenso azul, sin imaginar cuales eran sus verdaderas intenciones.

Caminamos por senderos desolados y oscuros, iluminados por una lámpara de querosene y acompañados por una adormilada mula. Los ruidos nocturnos me ponían la piel de gallina, y más aún, el frío. La neblina cubría toda esa zona, sumergiéndola en una bruma fantasmagórica.

Las historias de muertos y aparecidos que suelen contar los viejos en la plaza para entretener a los más pequeños, inundaron mi memoria. A mi mente llegaron los bufidos del caballo negro que porta sobre su lomo al jinete sin cabeza, quien, según esos cuentos, fue un

fiero soldado español asesinado por un puñado de milicianos independentistas. La leyenda cuenta que después de decapitarlo se llevaron como premio de guerra su dinero y su cabeza. Ahora su espíritu vaga perdido por estos parajes, en busca de sus pertenencias y de la anhelada venganza.

Pero no fue el espectro del descabezado lo que detuvo mis pasos esa madrugada, ni los de ningún otro espanto legendario.

Al llegar a una bifurcación, que por un lado nos lleva al cuartel y por el otro nos sumerge en la montaña, mi acompañante decidió hacer una parada.

A unos cuantos pasos, entre unas rocas, corría un pequeño arroyo

proveniente de un manantial, donde el chico pretendía dar descanso a la mula que se mostraba desanimada.

Suspiré hondo, comenzaba a arrepentirme por esa osadía. Los temores me embargaron. No deseaba detenerme, o continuábamos la caminata o regresábamos, pero ni el joven ni la mula parecían dispuestos a tomar alguna de las dos opciones.

El chico dejó la lámpara sobre una roca mientras acercaba al animal al agua para que bebiera. No pude evitar lanzar una mirada angustiada a los alrededores, hasta revisé el suelo por si divisaba una serpiente. La brisa movía a la vegetación con parsimonia, creando imágenes terroríficas con el apoyo de las sombras; y los cocuyos deambulaban

entre los ramajes, formando puntos de luz que dibujaban ojos misteriosos que parecían vigilarme.

Me estremecí, sensación que se acentuó al sentir la mano del joven en mi hombro. No lo había escuchado moverse de regreso a mí, por eso me tomó por sorpresa que estuviera a mi lado y acariciara la piel de mi brazo.

Su sonrisa torcida fue lo último que vi antes de que me tomara por la cintura y me acercara a él con violencia. Lo observé pasmada, creyendo que aquello era una broma de mal gusto, pero no fue así.

Me apresó con fuerza entre sus brazos y secuestró mi boca con arrebató. Nunca me habían besado, amado mío, por eso

quedé de piedra mientras él chupaba mis labios embadurnando hasta mi nariz de saliva. Su lengua se metió en mi boca y casi me ahogué cuando tocó mi garganta, produciéndome arcadas. Comenzó a faltarme oxígeno. Me asfixiaba su beso salvaje (si es que eso era un beso).

Por más que luché no podía separarme de él. Me sujetaba con tanta rudeza que me era imposible moverme. La piel se me erizó por el asco y el miedo al sentir sus grandes manos sobándome con brusquedad la espalda y las nalgas. Intenté gritar cuando una de ellas se introdujo por entre mis muslos y rozó mis partes íntimas.

Él gimió y creo que hasta enfermó de repente, porque su cuerpo se volvió ardiente, como los carbones del fogón

donde había quemado tu carta. Se inclinó doblando de forma alarmante mi espalda y alzó uno de mis muslos y mi vestido mientras su lengua buscaba que me la tragara.

Peleé con todas mis fuerzas, con las lágrimas brotando de mis ojos y un temblor generalizado que no podía controlar. Iba a ser vejada en medio de la nada, con solo una mula perezosa como testigo.

La incómoda posición terminó tumbándonos al suelo. Caí sobre el pasto con la lamentable suerte de terminar con las piernas abiertas. Aquello le dio oportunidad al joven de ubicarse sobre mí, llegando a tocar mi sexo con el suyo, que a pesar de la tela de nuestras ropas lo sentía demasiado

invasor.

Pero casi enseguida se produjo un ruido que me llenó de alivio.

Él se quedó inmóvil y oteó los alrededores con la mirada colmada por una mezcla de angustia y de la efervescencia que le producía el deseo. Aproveché la distracción para recuperar la respiración y gritar, pero el chico me tapó la boca con una de sus manos mientras oíamos una especie de marcha acompasada que se acercaba a nosotros.

«Si dices algo, te parto el cuello», me amenazó. Yo empalidecí. Sus ojos vidriosos, con los iris negros más extensos de lo normal, me resultaron demoníacos. Sin embargo, no pude pensar mucho en ello, ya que la marcha

se escuchaba cada vez más próxima. «Militares», imaginé, recordando que estábamos cerca del cuartel. No obstante, al captar parte de los cantos que entonaban mientras trotaban, un oleaje de desesperación corrió por mi columna vertebral hasta morir en mi pecho, haciendo saltar a mi corazón. Eran versos pronunciados en idioma alemán.

Por un momento creí que se trataba de soldados nazis que de alguna manera habían logrado llegar a este apartado valle para sembrar su terror, comencé a forcejear con desesperación, pero pronto me tranquilicé. Lo que entonaban no eran consignas de guerra, sino cánticos religiosos.

Seguí zarandeándome para liberar a

mi boca sin mucho éxito. El joven me miraba con claras advertencias. A pesar de la oscuridad podía notar como su mandíbula se tensaba y sus ojos se volvían tan temerosos como los míos. Él sabía que nos descubrirían por la luz de la lámpara.

La situación dio un giro cuando la mula que nos acompañaba comenzó a chillar y patear nerviosa. El animal escapó como si hubiera sido espantada, haciendo silenciar el canto y el trote de los alemanes.

El joven me soltó para levantarse apresurado, al tiempo que el bufido ronco de un animal resonaba en los alrededores. Él corrió para escapar por el arroyo. Me dejó allí, sola, sin importarle lo que me sucediera. Al oír

unas pisadas entre los matorrales acercándose a mí, me puse de pie, y hui siguiendo el camino que habíamos recorrido. Los rayos del sol empezaban a alumbrar el valle.

Casi enseguida me topé con un grupo de hombres vestidos con indumentaria deportiva, que observaban la vegetación en estado de alerta. Algunos estaban armados.

Al verme se sobresaltaron, pero no dejaron de vigilar el entorno. Uno de ellos me tomó por el codo y me obligó a apresurar el paso en dirección al pueblo. Era alto y rubio y con el rostro afectado por la incertidumbre. Daba órdenes en alemán, y a pesar de entender el idioma, en ese momento no comprendí lo que me decía. El miedo me había

bloqueado el entendimiento.

El sonido de un bramido y de unos pasos pesados que se aproximaban con rapidez activó todas mis alarmas.

No viré la mirada, amado mío, corrí aterrada por el camino, dejando atrás a los alemanes. Me interné entre las plantaciones con rumbo incierto, sintiendo en todo momento que alguien me seguía muy de cerca. Incluso te puedo jurar que escuché que corrían a mi lado y hasta creí percibir que unos dedos fríos se posaban en mi espalda y me empujaban hacia adelante cuando perdía el aliento.

No sé si fue parte del terror que experimenté o alguno de los alemanes me acompañó hasta que pude divisar el

corral de pavos de un vecino. El caso es que al llegar allí, enrumbarme hacia la casa fue fácil. Conocía el lugar y la claridad del amanecer me facilitó la tarea.

Entré a la vivienda y me escondí en mi habitación antes de que mis suegros se enteraran de mi nueva imprudencia. No le he contado a nadie lo ocurrido, ni siquiera me he atrevido a salir de los linderos del fundo. Hoy supe, por un comentario entre los trabajadores, que al hijo del vecino lo enviaron a la capital para estudiar Derecho. Asumo que él tampoco dijo nada y que nunca más volveré a cruzarme en su camino. Esa noticia me tranquilizó aún más.

También me enteré que ese grupo de alemanes que se ejercitaba en la

montaña, eran los frailes que mantienen el colegio de varones junto a la mansión. Todas las mañanas, a la hora del alba, trotan en dirección a uno de los ríos más caudalosos y se dan un baño antes de regresar al colegio. Me han dicho que son tan disciplinados como los soldados y muy serviciales.

Desconozco lo qué sucedió en esa parte de la montaña. Aunque te puedo asegurar que no hubo muertes o algo similar, porque aquí, las malas noticias corren como el viento.

No sé a qué se enfrentaron los frailes, ni por qué escapó la mula. ¿Sería por los temidos búfalos o por el jinete sin cabeza?

Creo que nunca lo sabré. Ahora solo

quiero olvidar lo ocurrido, lanzarlo al hoyo interminable del olvido y recobrar de nuevo la confianza en este lugar, que a pesar de sus evidentes peligros, me sigue pareciendo mágico y fascinante.

Dejo hasta aquí esta carta, amado mío, que me ha servido para drenar mi angustia. No la respondas. Es solo una vía de escape a la soledad perenne que me agobia.

Sé feliz por los dos.

Tuya,

Amanda Goldstein

NOVENA CARTA

Los Naranjales, 14 de octubre de 1943

Querido Henry:

Creo que ya puedo decir que he perdido por completo la cabeza.

Veo cosas que otros no ven y eso me asusta. Me pasó hace unos días de camino a la casa de Don Juan Guevara, un vecino que cría aves de corral y con quien intercambiamos maíz por un par de pavos. Quise acompañar a los empleados a realizar el trueque para salir un rato del encierro, que creo, es lo que me está volviendo loca.

El asunto es que mientras hacían el

canje yo me quedé sentada en la carreta mirando embobada a la montaña, aun sintiendo ansiedad por ir a su encuentro. A pesar de estar distraída pude percibir un movimiento en la parte trasera de la casa. Eché un vistazo y vi la figura de una joven, tal vez de mi edad, que se asomaba con timidez para observarme con las manos entrelazadas sobre su pecho, como si estuviera aterrada.

Se encontraba descalza y su vestido se notaba amarillento, muy viejo, sucio y desgastado, largo hasta más abajo de las rodillas y sin ninguna cinta que lo atara a la cintura. La melena de la chica le cubría toda la espalda, era castaña y lisa, pero la llevaba despeinada. Por tener la cabeza gacha no pude verle los ojos, además, varios mechones de

cabello le tapaban el rostro.

Mi atención se desvió al sentir que el empleado de mis suegros se encaramaba en la carreta, pero al buscar de nuevo a la joven, esta había desaparecido.

Regresé a casa con un sentimiento de inquietud clavado en el pecho. Esa noche me costó dormir, ni siquiera logré cenar, el estómago se me retorció como si tuviera las tripas enfermas.

Al día siguiente tuve que ir con mi suegra a la ciudad, de nuevo al Registro Civil para buscar las copias de unos documentos que habían mandado a elaborar semanas atrás, relacionados con mi futuro enlace matrimonial. Estando allá la mujer aprovechó la ocasión para comprar unas telas en el

mercado y visitar a una amiga. En esa reunión mis angustias despertaron.

Desde que llegué a Los Naranjales, algo que agradecí fue haber dejado atrás a la guerra. Era muy poco lo que oía de ella y cuando veía que alguien tocaba el tema, me alejaba. Sin embargo, ese día la condena de su existencia volvió a cubrirme. No pude escapar. Tuve que escuchar en silencio las historias de los últimos bombardeos, invasiones y muertes ocasionadas por los nazis, y la gran amenaza que resultaban para los que somos descendientes de judíos. Se me heló la sangre.

La desaparición física de mi padre sigue afectándome, no obstante, la vida sencilla y tranquila del valle me ha ayudado a soportarla, con esperanzas.

Todo se me vino abajo cuando la amiga de mi suegra nos contó un secreto que su marido (quien también es militar) le confesó con pena: la posible existencia de unos campos para trabajos forzados, donde además, asesinan a todos los enemigos de los nazis, sobre todo, a los judíos.

El corazón se me hizo trizas, amado mío. Aunque seguía sentada con rectitud en aquel sofá, el alma se me había caído a los pies. Nunca había escuchado sobre esos lugares. Lo poco que nos contó esa mujer me dejó hecha pedazos. Ahora comprendo la ansiedad de mi padre por sacarme de Europa y asegurar mi futuro lejos del peligro. Quizás él sospechaba que una cosa como esa pudiera surgir en las mentes de personas enfermas de

poder.

Fue tan perturbador que no pude evitar imaginar a mi padre dentro de uno de esos campos. Me produjo mucho dolor pensar que, en vez de haber recibido una muerte heroica en medio de la batalla, mi padre estuviera apresado en uno de esos sitios horribles recibiendo los más viles y humillantes tratos; y todo por haber nacido del vientre de una mujer judía. Esa idea me desgarró.

Me disculpé con mi suegra y con nuestra anfitriona, y sin importarme las miradas aireadas que me dedicaron salí al porche de la casa. Allí lloré. Sola. Sin que nadie consolara mi pena. Quería hacer algo, mi Henry, algo que transformara de alguna manera esta

injusta realidad, pero soy tan poca cosa que nada de lo que pudiera llevar a cabo sería suficiente para poner fin a esta desgracia.

Volvimos a Los Naranjales al caer la tarde. Tomamos el bus que nos lleva al valle ambas sumergidas en un incómodo silencio. El mío por culpa de mi tristeza y el de mi suegra, porque le molestaba que yo estuviera así. Creo que le fastidiaba la posibilidad de que rompiera a llorar en cualquier momento obligándola a reconfortarme.

Pocos pasajeros subieron ese día al transporte. Mi suegra y yo nos sentamos casi al final. Sin nadie tras nosotras.

Al iniciar el recorrido comenzó a oscurecer, pero aún podía divisarse con

claridad el paisaje. Los últimos rayos del sol se extinguían con lentitud haciendo resplandecer la sabana de cañaverales que se extendía de cada lado.

Al pasar las paredes de tapia que cercan parte de la vieja mansión, creí divisar movimientos en una de las escalinatas que dan entrada a la casa. Me pareció distinguir, oculta tras un matero de cemento, a una persona de cabellera larga, que vestía un descolorido vestido amarillo, cuya falda volaba con el viento.

Me olvidé de todo mi dolor para incorporarme y observar mejor por la ventanilla. Necesitaba verificar lo que había visto.

Mi suegra me reprendió para que ocupara de nuevo mi asiento, impidiendo mi evaluación. La observé con rencor por un instante y suspiré intentando dejar de lado el asunto, pero mi piel se erizó por completo al experimentar una sensación extraña que me recorrió las venas.

La temperatura dentro del bus descendió de forma alarmante y un peso se instaló en mi nuca, como el de una mirada lacerante.

El temor hizo bombear con intensidad a mi corazón y brotó un sudor frío en mis manos.

Giré el rostro, querido Henry, porque sospechaba que alguien se encontraba en el asiento trasero, a pesar de saber que

aquella parte del vehículo estaba vacía. Fue así como la vi, amor, ¡a la chica despeinada que estuvo en la casa de Don Juan Guevara!

Se encontraba en el asiento junto a la ventana, con la cabeza gacha.

Mis ojos se abrieron al máximo. Ella tenía la piel de los brazos sucia y su vestido estaba roído en algunas partes. Por su cabello enmarañado vi caminar a un par de bachacos, algo que me impresionó. Bajé la vista hacia sus manos. Eran pequeñas, delgadas y muy blancas, y las tenía entrelazadas entre sí alrededor de lo que parecía una tela de un tono azul oscuro, que sujetaba con fuerza.

Al echar un vistazo de nuevo hacia su

rostro, no pude ver sus facciones porque se hallaban cubiertas por sus cabellos, pero al notar que su cabeza se levantaba con intención de mirarme a los ojos, me incorporé en mi asiento y observé al frente.

¡Oh, amor mío, no imaginas el terror que sentí en ese momento! Sabía que ella estaba tras de mí, podía sentirla, de la misma manera en que sentí que alguien me persiguió por todo el camino de vuelta a la casa, cuando hui de la cosa que espantó a la mula en la montaña.

¿Habría sido ella la que me acompañó esa noche?

A mi mente llegó la historia de la joven fallecida cerca del cuartel, que

había escapado de su casa hacia la montaña, con un novio, y murió atacada por los búfalos. ¿Me estará persiguiendo para reprenderme por la imprudencia que cometí?

Me inquieté tanto que no podía permanecer tranquila, mi suegra me amonestó dándome una palmada en una rodilla. Yo traté de hablarle a través de mis ojos impregnados de angustias, pero ella no supo, o no quiso, comprenderme. Se hizo la desentendida mientras oteaba el paisaje por la otra ventana.

Procuré serenarme. No lograría nada dejándome llevar por mis nervios. Si era una aparición fantasmal sería producto de mi mente trastornada, a nadie más afectaría, o al menos, eso pensé en ese momento.

Me mantuve rígida, con mi atención puesta en la vía, llegábamos a la entrada del pueblo. Todo se veía más oscuro, solo la luz de los faros del auto alumbraban el camino.

Clavé la vista en el espacio iluminado de tierra, procuré olvidarme de la joven, sin esperar que ella luego apareciera en medio de la carretera.

¡Fue ella, amor mío! La chica que estaba tras de mí atravesó a toda velocidad el camino y provocó que el conductor perdiera el control y virara de forma brusca para evitar atropellarla. Caí al suelo por la sacudida y el auto quedó con dos ruedas dentro de una cuneta. Mi suegra lanzó quejas y lamentos mientras se incorporaba para salir al exterior, junto con el resto de los

pasajeros. Yo me levanté y los seguí apresurada, con el corazón latiendo en mi garganta.

No vimos nada. La mujer desapareció de la misma manera en la que había aparecido. Los hombres que viajaban con nosotras la buscaron hasta debajo del bus, pero no hubo rastros de ella. Yo no me atreví a decir que minutos antes la había encontrado sentada tras mi asiento. ¡Me creerían loca!

Cuando lograron sacar al transporte de la cuneta proseguimos el viaje hasta el valle. Esa noche no pude dormir, temía que ese espanto se apareciera dentro de mi habitación y me pegara un susto de muerte.

Durante la tarde siguiente el

cansancio y los temores me tenían de mal humor, poco soportaba las bromas pesadas de mi suegro, que ese día había ido a jugar dominó con otros militares retirados que viven en la zona y en el encuentro bebió más ron del que su cerebro puede asimilar. Sus constantes balanceos, incluso, estando sentado, lo evidenciaban. Mi suegra no hacía otra cosa que resoplar, la rabia le selló los labios y, como era de esperarse, se desquitaba conmigo.

Los brazos y las piernas me dolían de tantos quehaceres que me tocó hacer por culpa del idiota de mi suegro y sus escapadas. Mi acompañante, la muy cobarde, inventó que una de sus amigas, quien vive en la ciudad cercana, había enfermado y le pidió que la asistiera ese

día. Se marchó para no tener que soportar el acoso del viejo ni las absurdas órdenes de mi suegra. Quedé sola en esa batalla, llevando la peor parte. Por eso, cuando el sol comenzó a ocultarse tras la montaña, decidí vengarme.

Vi a mi suegro sentado en la sala escuchando una de las tantas versiones del bolero *Bésame mucho*, en su viejo tocadiscos. Tarareaba con frases entrecortadas el tema mientras una copa de vino se balanceaba sobre su ancho estómago.

No creas que soy una mujer malvada, amado mío, solo quería darle una lección a ese hombre indolente. Me disfracé como el espanto que me había atormentado estos días. Busqué un

vestido muy usado, me solté los cabellos e intenté alisar mis rizos. Hasta me revolqué en el patio para ensuciarme la piel.

Cuando me presenté en la sala, caminando despacio y con las manos entrelazadas en mi pecho, mi suegro tenía los ojos cerrados. Entonaba con arrebató la parte más intensa de la canción.

Me detuve frente a él y esperé a que abriera los ojos.

Estuve tan distraída controlando la risa que no me fijé cuando el hombre notó mi presencia. Al observarlo entre la cortina que creaban mis cabellos frente a mi cara, él ya estaba petrificado, boquiabierto y completamente aterrado.

«No... Milena...», balbuceó con dificultad. Te juro, amor mío, que sentí temor al percibir que su piel empalidecía y parecía como atragantado. La copa cayó al suelo y se hizo añicos. En ese momento me espanté. ¡Mi suegra iba a matarme por desparejarle el juego de copas!

Me acerqué un paso con intención de calmarlo, explicarle la situación y disculparme, pero eso empeoró su estado. Él se levantó del sofá dando tumbos, me miraba como si yo fuera realmente un fantasma.

«¡Déjame en paz, yo no fui!», gritó, antes de correr al exterior. Me quedé de piedra, amado mío. Aunque mi intención era quitarle la borrachera de un susto, me sentí mal al ver la forma en la que

había logrado mi cometido. Me asomé a la puerta y vi a mi suegro huyendo con desesperación hacia las plantaciones.

Quise ir tras él, pero al escuchar que mi suegra lo llamaba angustiada y salía a las carreras de su habitación, me oculté tras el sofá. La vi otear la sala con semblante confundido y correr al patio en busca del hombre. Por un momento no supe qué hacer. Si los seguía descubrirían mi fechoría y me ganaría una buena reprimenda.

Te lo imploro, no me juzgues de malvada por dejarlos que creyeran que aquello había sido por la aparición de un verdadero espanto y no confesarles la verdad.

Al final colaboré para resolver el

problema. Fui rápido a mi dormitorio y me cambié de ropa, luego salí para ayudar a mi suegra a traer de vuelta al imbécil de su marido.

El hombre volvió temblando de pies a cabeza. No hablaba, solo mascullaba frases inentendibles que mi suegra parecía comprender, porque ella comenzó a mostrarse igual de angustiada que él.

Pensé que esa noche mi suegro terminaría loco de remate. Tuvimos que traer al encargado del dispensario para que le diera algunos calmantes que lo ayudaran a dormir. El ambiente en la casa se volvió tenso, como si alguien hubiera muerto de manera repentina.

A pesar de la situación penosa que

había creado, no pude evitar sentirme satisfecha en vez de arrepentida, pero ese insano sentimiento me llevó a la cama con un dolor en el estómago que no me dejó dormir en paz. Mi mente luchaba contra mi corazón para que trabajara como lo haría una chica buena. Sin embargo, esa batalla la perdió, porque incluso ahora, mientras te escribo esta carta, sigo sintiéndome como si hubiera hecho justicia. Soy una mujer mala, ¿cierto?

Espero no te decepciones de mí, considera que soy un caso perdido. A esa conclusión llegaron muchas de mis maestras cuando estudié en la escuela.

Tuya siempre,

Amanda Goldstein

DÉCIMA CARTA

Los Naranjales, 20 de octubre de 1943

Querido Henry:

¡Soy una desgracia!

Esta semana ha sido una de las más difíciles de mi vida. Mi suegro enfermó, por culpa del susto que le di al disfrazarme como el fantasma que se me apareció en el bus de camino al valle. El hombre quedó tan aterrado, que cayó en un severo estado de depresión.

Al principio, el rencor que sentía por él me empujó a ser indiferente ante su situación. Te confieso, amor, que me importaba muy poco lo que le ocurriera.

Para mí, eso era parte de la lección que debía recibir, esperando que con ello enmendara su comportamiento desquiciante.

Sin embargo, hoy pienso diferente.

Lo vi llorar. Ya había visto llorar a muchos hombres antes, sobre todo, en el puerto, cuando salí de Londres. Fui testigo de cómo familias enteras eran divididas para poder salvaguardar la existencia de algunos de ellos, y vi a otros que recibían los cuerpos sin vida de sus hijos, padres o familiares, traídos de los parajes remotos donde entregaron su último aliento apoyando esta guerra ridícula. Y vi llorar a mi padre el día en que se enteró de los planes enfermizos del enemigo. Por eso, las lágrimas en un hombre no eran algo nuevo para mí. No

obstante, las de mi suegro me arrugaron el alma y calaron hondo en mi pecho. ¿Y sabes por qué? Porque fueron por mi causa.

Tumbado en la cama él pedía perdón y le suplicaba a mi suegra que no lo abandonara, y lo ayudara a enmendar el error cometido. Nunca comprendí sus ruegos, pero pude notar que aquello lo llenaba de angustia.

Esos días desfilaron por la casa un grupo muy variado de personas. Desde el cura de la iglesia, que se pasó horas con el viejo encerrado en el cuarto y luego salió esparciendo agua bendita por cada rincón del hogar, pasando por médicos de diferentes especialidades; y hasta brujos y curanderos, recomendados por vecinos del valle.

Infinidad de brebajes fueron preparados para sanar el alma del hombre y calmar su pena. Mi suegro vomitaba todos esos menjurjes o los expulsaba a través de dolorosas diarreas. ¡Eran un suplicio! Tan tormentoso como el sufrimiento que el hombre experimentaba.

Mi suegra fue otra persona durante ese tiempo. La tristeza y el temor dirigieron cada una de sus acciones. ¡Hasta fue amable conmigo!

Se pasaba el día junto al cuerpo acongojado de su marido, calmaba sus fiebres o limpiaba sus lágrimas. Tomaba su mano y apoyaba en ella la frente antes de recitar, con un casi imperceptible movimiento de labios, cientos de plegarias.

Su abatimiento me apesadumbró. Me paraba bajo el umbral de la habitación recostada en el marco descorchado y los observaba por horas, con mis ojos llenos de lágrimas. Mi rabia por ese hombre pronto se transformó en envidia. Sí, amor mío, ¿no imaginas cómo lo envidio!

Siempre añoré ser la dueña de un amor así, tan dulce y abnegado. Nada de lo que él hubiera hecho con anterioridad, ninguna de sus faltas, desprecios o indiferencias, parecían importar en ese momento. Mi suegra suplicaba a Dios por el perdón que él anhelaba y él se aferraba a la vida que ella le brindaba.

Las manos de ambos, entrelazadas en un nudo amoroso, comprimieron mi

estómago. ¿Por qué la vida ha sido tan injusta conmigo?!

Nadie ha podido dormir más de dos horas estos días. Yo he tenido pesadillas recurrentes, en las que me encuentro completamente sola.

Una de ellas tiene como escenario el pueblo de este valle, que ha sido abandonado y todas las viviendas están en ruinas, como la mansión que se encuentra de camino a este lugar. El pasto me llega a la cintura y cuando debo atravesarlo me enredo con sus delgadas hojas, que parecen aferrarse a mí como si se trataran de manos. Debo luchar para zafarme y continuar.

Corro por las calles gritando por ayuda. La montaña azul poco se divisa

por culpa de una espesa neblina que baja con lentitud, como engulléndose todo a su paso, mientras el ocaso comienza a oscurecer el valle. El silencio es tan envolvente que ni los grillos se escuchan, solo el ocasional siseo de una serpiente o el bufido de un animal más grande y amenazante.

Mi ansiedad aumenta al oír el golpeteo de las pesadas ruedas de un tren contra sus rieles. En ese punto me desespero y trato de escapar del laberinto de calles, pero ellas comienzan a cerrarse con neblina.

En la pesadilla sé que ese es tú tren, amor mío, y que ese vehículo podría rescatarme de esta apabullante soledad, pero se escucha tan lejano y tan inalcanzable que termino aterrorizada.

Grito con fuerza pidiendo ayuda hasta que siento que se me desgarran las cuerdas vocales. Es ahí cuando me despierto, bañada en un sudor frío y con las lágrimas humedeciendo mi rostro y cuello. ¡Qué días tan difíciles!

Por eso, cuando mi suegra se acercó a mí y me pidió con voz suave que le hiciera un recado, no puse objeciones. Ella me entregó un sobre bastante grueso, que debía llevar a una dirección específica dentro del valle. La sangre se me fue del cuerpo cuando vi que el lugar al que tenía que dirigirme era a la casa de Don Juan Guevara. En el hogar de ese hombre vi por primera vez al fantasma de la chica que utilicé para atormentar a mi suegro.

A pesar de mis temores decidí

cumplir con mi encomienda, sentí que se los debía, y subí a la carreta en compañía de dos de los empleados.

El camino fue frío. Ese día había llovido y la neblina cubría toda la parte alta de Los Naranjales. Me apretujé en mi abrigo y fijé más a la cabeza mi gorro de lana. Intentaba no mirar mucho hacia la vegetación que nos rodeaba, tenía miedo de que nos asustara algún alma en pena.

Al llegar, enseguida hice entrega del encargo, y esperé a que Don Juan leyera el mensaje por si se le ocurría mandar una respuesta.

Me inquieté al ver que mientras leía, al hombre se le transparentaba la piel. Con semblante pasmado terminó la larga

misiva que mi suegra le había enviado, para luego caer sentado sobre un taburete, como si le faltara el aire. Lo noté tan descompuesto que tuve que entrar en la casa para avisar a su mujer.

A los pocos minutos Don Juan estaba rodeado de varios empleados y de sus dos hijas, quienes lo abanicaban con hojas de plátano para ayudarlo a recuperar el oxígeno.

Me quedé muy quieta mientras la esposa del hombre leía con asombro la carta que afectó a su marido. Su rostro estaba endurecido y sus ojos lloraban en silencio. Con manos temblorosas sostenía los papeles de los que parecían desprenderse amargas verdades.

Al terminar, ella dirigió su atención

hacia mí. De sus ojos destilaba un odio añejo que me estremeció por completo. «¡Con que fue él!», se quejó, y luego hizo una bola con la carta apretándola en un puño para finalmente lanzarla al suelo con rencor.

Quedé boquiabierta mientras ella entraba con pasos largos y severos a su hogar. El resto de la familia, aunque continuaba atendiendo al agobiado hombre, fijó en mí duras miradas de reproche. ¡Que incómoda me sentí, querido Henry!

Retrocedí un paso cuando la mujer salió de la casa con una caja de cartón entre las manos, de esas donde se guardan zapatos, y me la entregó de malas maneras, estrellándola contra mi estómago.

«Dígale a ese viejo que no queremos saber nada de él. Allí están sus cosas, para que nunca nos exija nada».

Eso último lo expresó con dolor, amado mío, antes de golpear con un puño la palma de su otra mano. El sonido que produjo me sobresaltó, pero no dije nada. Me asusté tanto que di media vuelta y sin despedirme, subí a la carreta y aupé a los hombres para que nos largáramos cuanto antes de allí.

Regresé a la casa entristecida. No sé por qué razón la pena de esa familia me afligía. Cuando íbamos a mitad de camino las mulas que nos llevaban se agitaron. Las bestias se rebelaron contra el control del campesino y casi voltearon la carreta con sus bruscos movimientos. Me aferré a los estribos,

lo que originó que la caja que me había dado la mujer cayera al suelo del carro. Varios papeles se esparcieron por el piso y algo que me pareció una insignia militar, ensartada en un trozo de tela azul oscuro un poco manchada.

Cuando logré recuperar el equilibrio rescaté los objetos, sin poder evitar darles una mirada a los papeles antes de guardarlos. Se trataba de varias notas dirigidas a Milena Guevara por un tal Capitán L, con direcciones para pactar encuentros dentro del valle o mensajes amorosos.

Enseguida recordé que «Milena» había sido el nombre por el que mi suegro me llamó el día en que lo asusté.

Sin embargo, no pude indagar más

entre los documentos porque llegamos a la casa. Con rapidez guardé todo y cerré la caja. Mi suegra me esperaba en el porche. Caminaba de un lado a otro estrujando sus manos entre sí.

No esperó a que me bajara para abordarme. Se aferró a los soportes y me dedicó una mirada de perro apaleado desde abajo. Apreté mis labios antes de repetirle las palabras dichas por aquella mujer. Ella estuvo a punto de llorar luego de escucharme, pero cuando le extendí la caja fue invadida por el desconcierto. La tomó, y sin quitarle la mirada de encima se dirigió a la casa.

Las cosas no mejoraron después de eso. Mi suegra entró en un estado de depresión casi peor que el de mi suegro. Fue tan desesperante, amor mío, que no

pude evitar contagiarme también. Me siento tan mal, tan miserable por el error cometido, que hasta he deseado que mi vida termine para acabar con este tormento. Por mi culpa todos sufren. ¿Te has dado cuenta de que soy una desgracia?!

No sabes cuánto agradezco estar lejos de ti, para no salpicarte con mi mala suerte. Te amaré siempre en la distancia, así serás inmune a mi condena,

Amanda Goldstein

DÉCIMA PRIMERA CARTA

Los Naranjales, 28 de octubre de 1943

Amado Henry:

Si algo me acompañará hasta el día de mi muerte, eso será la soledad, ya lo he confirmado. Creo que tendré que hacer las paces con ella y esforzarme porque ambas llevemos una relación armoniosa.

Los primeros días de esta semana, el valle me pareció tan extenso que me sentí perdida. Como si estuviera de pie sobre una roca, rodeada por un mar interminable y apacible. Todo el ajetreo desapareció de la noche a la mañana. Ya no veía vacas pastar entre las trochas

que dividen a los conucos ni a los pájaros volar en bandadas por el cielo, tan solo algunos loros o paujies semiocultos entre el ramaje del almendrón ubicado cerca de mi ventana, pero adormilados, sin hacer el mismo ruido de antes.

La vida dentro de la casa también se apagó. Mi acompañante se pasaba las horas en el pueblo, lejos de la monotonía que de pronto nos abrumó. Yo nunca pude reunir el valor para hacer lo mismo. Era la culpable de las desgracias que ocurrían, huir sería demasiado cobarde.

Durante días mi suegra pareció un fantasma. Su rostro se demacró, se notaba más vieja, arrugada y cansada. No hablaba, eso de por sí era un asunto

angustiante. Cuando las mujeres del servicio se le acercaban para consultarle algo, ella las escuchaba con la mirada perdida en un horizonte invisible, luego agitaba una mano restándole importancia a cualquier tema y continuaba con su melancolía sin preocuparse por las caras desconcertadas de los demás.

Participé como una idiota en esa triste sucesión de días hasta que decidí tomar las riendas del hogar para romper con el aburrimiento.

Si me hubieras visto, amor mío, en esa ocasión fui otra persona, hasta los empleados lo notaron.

Dejé de deambular por las plantaciones como si fuera una chiquilla

descarriada, que perdía el tiempo observando a la montaña. Había mucho que hacer.

Desde que despuntaba el alba era absorbida por un interminable trajín: preparar la comida, recoger el huerto, alimentar a los animales, asear la casa, llevar la ropa y los trastos sucios a la quebrada para ser lavados, así como planchar y coser, entre muchas otras cosas.

Los Landaeta cuenta con personal para hacer esas labores, pero alguien debía dirigirlos. Una marejada de muchachitos, hijos de los empleados, correteaban por los rincones sin supervisión; a ellos también había que serenarlos y buscarles una distracción para que no causaran problemas.

Cada día se presentaban inconvenientes, ya fuera porque las brasas del fogón perdían su calor por falta de vigilancia o porque la bomba de manivela no sacaba suficiente agua del pozo por motivos desconocidos; que faltaba algún alimento o que una mula se negaba a moverse, que apareció una serpiente en los jardines o un peligroso alacrán. Alguien debía asumir esas responsabilidades y como los dueños actuaban como muertos en vida, decidí asumirlas yo.

Fue mucho trabajo, pero estaba fascinada haciéndolo. Eso me ayudó a olvidarme de mis tormentos: de mi padre desaparecido, de mi futuro y desconocido esposo, de lo malvada que he sido y de la condena que pesa sobre

mis hombros. Pero sobre todas las cosas, me permitió ignorar a la tristonera de mi suegra, que no paraba de llorar escondida por los rincones de la casa; y a mi suegro, que parecía un alma en pena.

Hubieron días en que él se marchaba de casa a primera hora de la mañana, quien sabía a dónde, y de repente aparecía parado bajo el marco de alguna puerta, dirigiéndome miradas indescifrables, con una mezcla de reproche, amenaza y anhelo.

Aquello me produjo temor. En una ocasión pensé que se había dado cuenta de la fechoría que había cometido y estuve a punto de confesarlo, pero me callé y continué con mis actividades.

Sin embargo, la felicidad que me generó haber sido útil en el hogar me duró poco. Mi suegro cambió de actitud de la noche a la mañana. De pronto emprendió una persecución sin descanso a mi suegra, modificando su estado.

Si lo hubieras visto, ¡qué sujeto tan desvergonzado!

Le suplicaba cariño de rodillas, le traía margaritas y orquídeas, la abrazaba con necesidad y hasta besaba su frente y cabeza como si ella fuera una de las imágenes virginales que el cura tiene en la iglesia. Se sentaba a su lado y le hablaba por horas mientras la mujer intentaba hacerse la desentendida, aunque poco a poco en mi suegra comenzó a apreciarse una diferencia.

No sé qué le dijo el hombre ni qué le prometió, pero pronto sus esfuerzos rindieron frutos.

La noche en que él logró doblegarla me fui a la cama temprano, atormentada por una amargura que me retorció el estómago. Desde allí escuché los sonidos que se producían en el interior de su dormitorio, prueba irrefutable de que la reconciliación es mucho más fuerte que una difícil pelea.

Lloré, no sé si por envidia, rabia o decepción. No importaba lo que hiciera aquel sujeto, ella siempre lo perdonaría y él siempre hallaría en sus brazos consuelo y compañía.

Me esforcé por no pensar en ellos, ni en nada, y me resultó fácil, el

agotamiento por el día de trabajo me hundió en un sueño pesado.

A la mañana siguiente me levanté con un malestar general en mi organismo. Me dolía cada músculo y cada articulación, y mis manos estaban lastimadas, llenas de llagas ocasionadas por la gran cantidad de oficios que había realizado. Pero igual me puse de pie, me coloqué un viejo vestido y me até los cabellos en un moño.

Mis piernas, marcadas por picaduras de insectos, quisieron rebelarse ante las órdenes que les hacía llegar mi cerebro de ponerse en marcha, sabían que había mucho trabajo por hacer, pero perdieron la batalla.

Estaba ansiosa por sumergirme en el

tornado diario de actividades para olvidarlo todo. Me dirigí a la cocina, encontrando allí otro mundo.

Mi suegra ya estaba activa, al mando de las tareas del hogar como una severa matrona. Daba órdenes a diestra y siniestra, para organizar la comida y cada una de las labores de la casa. Tras ella, a tan solo un par de pasos de distancia, se encontraba mi suegro, sonriente. Se relamía los labios después de tomarse un vaso de jugo de papelón, con sus ojos fijos en el débil escote de una de las empleadas más jóvenes, cuyo vestido de tela envejecida le quedaba ya tan holgado, que dejaba a la vista el nacimiento de unos pechos lozanos y sustanciosos.

La repulsión me descompuso el

estómago, amado Henry, y la rabia terminó por encender mi indignación. Procuré serenarme, pero al ser tratada de nuevo como la chica extraña e inútil, de presencia molesta, no pude seguir manteniendo la cordura.

Mi suegra no hacía otra cosa que lanzarme desprecios, al principio, de forma disimulada, pero al llegar la tarde su arrogancia cayó directamente sobre mí. El acecho de mi suegro también se reinició, aunque compartido con la vigilancia constante que le hacía a la joven empleada, en quien antes él no había reparado.

Ahí estaban ellos, juntos y seguros de que su matrimonio era más fuerte que la montaña que me rodea. Todo marchaba cómo debía hacerlo, por tanto, sus

actitudes soberbias e indolentes volvieron con mayor ímpetu, como si nada los hubiera fragmentado.

Me dio tanto coraje que a mitad de la tarde dejé los oficios y salí al patio. Me quité el delantal y lo dejé tirado en el suelo, para que los cerdos o los pollos lo pisaran e hicieran con él lo que quisieran. Caminé y caminé atravesando conucos, aunque procurando no ir tan lejos.

Me acerqué al corral de un vecino y me recosté del cercado para admirar a los animales hasta que se calmara el ciclón de emociones que tenía en el pecho. La imagen apacible de los alrededores pronto logró un efecto en mí.

Las vacas pastaban serenas, con los becerros cerca de los abrevaderos repletos de agua. A pesar de encontrarse la puerta abierta no se marchaban, ¿para qué? Allí tenían lo que necesitaban, incluso seguridad.

Al otro lado se veía al dueño, sentado sobre un taburete supervisando como dos de sus trabajadores reparaban un desperfecto en la cerca. Un gallo rondaba a los pies del hombre, con su cresta orgullosa en alto y su mirada desafiante puesta en un grupo de gallinas que paseaban junto a sus pollitos. El ave dejó que su amo lo tomara y lo ubicara sobre su regazo. Con docilidad permitió que lo acariciara, sin perder su actitud altanera.

Sonreí para mis adentros. Que gran

capacidad tenemos los seres vivos, animales y humanos, para defender el puesto que nos corresponde en la vida. No importa si lo merecemos o no, cuando encontramos un lugar en el mundo donde nos sentimos a gusto y en confianza, donde nada nos falta, hacemos hasta lo imposible por mantenerlo. Somos muy territoriales, aunque no reparamos en ello.

¿Cuándo encontraré mi lugar, amor mío? ¿Cuándo descubriré ese sitio que me dará cobijo y protección? Si algún día lo hallo, te juro que lo defenderé con uñas y dientes.

Cuando logré aplacar mis emociones una mariposa moteada voló tan cerca de mi rostro que llamó mi atención. Me giré para saber dónde se había metido y noté

que no estaba sola, un grupo de mariposas coloridas volaban a mí alrededor. Estiré una mano hacia ellas y casi pude rozar a un par. Fue un momento especial que me arrancó una sonrisa.

Regresé de nuevo a la casa, con calma, sin ningún apuro, acompañada por las mariposas que parecía custodiar mis pasos. Abrí mis brazos en cruz y en ocasiones sentía que los insectos se posaban sobre mi piel haciéndome cosquillas con sus patas diminutas, pero casi enseguida retomaban su vuelo, animadas por el resto de sus amigas.

Cada vez creía ver más. Algunas seguían su camino hacia la montaña, otras me rodeaban como si fueran un torbellino lleno de color, hasta que me

sumergí en los pastizales que colindan con la vivienda de mis suegros y entonces, ellas se mezclaron con la brisa, marchándose.

Esa compañía mejoró mi ánimo y sacudió de forma milagrosa las angustias de mi pecho.

Mientras avanzaba hacia el hogar lancé una mirada hacia la montaña, que se erguía con altivez, coronada por la perenne neblina y cubierta por una vegetación espesa, capaz de albergar una cantidad infinita de vida. Suspiré hondo y le sonreí con agradecimiento. Es imposible mantener algún sentimiento de rabia o rencor hacia ella, si no es la culpable de mis desdichas. Me alimenta, siempre calma mi sed y me ofrece su cobijo y su sombra. Me reprende cuando

lo considera necesario, dándome importantes lecciones, y me brinda sosiego cada vez que me ve desfallecer. No puedo hacer otra cosa que darle las gracias.

Lo único que ella no me dio fue tu corazón, amor mío. Solo ha servido como un gran obstáculo entre nosotros, recordándome que tú estás lejos, al otro lado, inalcanzable.

Quizás nunca logremos vernos de nuevo. Nuestros mundos correrán por vías diferentes y en algún momento se hará imposible la comunicación. No sé cuándo redactaré la última carta, pero quiero que sepas que siempre serás el dueño de mis emociones. Me robaste el corazón, amado mío, con solo una mirada y una sonrisa sincera.

Qué absurdo debe resultar para muchos oír hablar de un amor tan profundo a una joven que solo ha estado cerca del objeto de su adoración unas pocas horas. Una chica tan ignorante, que nunca ha experimentado un cariño diferente al paterno. Pero así soy yo, mi Henry, ilógica, romántica y algo idiota. Con todo lo que te he escrito deberías conocerme.

Gracias, amor mío, gracias por permitir expresarme. No sé si me escuchas, seguiré soñando que lo haces, que esperas ansioso mis cartas y la lees una y mil veces, como yo lo haría con las tuyas en caso de poder recibirlas. Si no fuera por ellas no hubiera soportado ni una semana en este valle y jamás habría sabido cómo manejar mi soledad.

Te quiero, amado mío, y hubiera preferido compartir a tu lado mi vida entera, pero mi existencia parece un imposible. Creo que me estoy acostumbrando.

Tuya siempre,

Amanda Goldstein

DÉCIMA SEGUNDA CARTA

Los Naranjales, 12 de Noviembre de
1943

Querido Henry:

Mi vida ha dado un vuelco total, pero ha quedado en medio de una encrucijada, llena de caminos cubiertos de un pasto alto, aderezado con maleza, enredaderas espinosas, piedras y un sinfín de sonidos atemorizantes que predicen la presencia de peligrosos seres vivos.

Mi capacidad de raciocinio y decisión está siendo afectada por la enorme confusión que impera en mi

cabeza. Desde que mi padre se fue a la guerra, todo a mí alrededor comenzó a girar a una velocidad vertiginosa. Me he dejado llevar por esa corriente porque no he descubierto aún los medios para evitarlo. No tengo dinero ni estudios profesionales, ni mucho menos conocimientos que me ayuden a salir adelante por mi cuenta. Siempre viví bajo el ala protectora de mi padre, apartada del mundo exigente, cruel y egoísta en el que he estado sumergida estos últimos meses.

Seguí sus instrucciones porque no confío en nadie más. Sin embargo, aquí estoy, sola, con las maletas hechas y sin saber a dónde ir.

Mis suegros se han marchado. Tuvieron que viajar después de recibir

una carta de su hijo, en la que expresaba que no vendrá a Los Naranjales y que no podrá casarse conmigo.

Sí, amor, me han dejado plantada antes de llegar al altar. Y no te niego que con respecto a eso siento un gran alivio, pero las incertidumbres que esa decisión trae consigo me tienen paralizada.

La tardanza de mi exfuturo esposo se debió a que consiguió el amor en otros parajes. Quien robó su corazón es una enfermera militar, que además se apoderó de su simiente, porque espera un hijo suyo.

Te confieso que al principio no supe cómo reaccionar ante esa noticia. El día en que te envié la última carta llegó la de él. Mi suegra me citó en la cocina

para que juntas leyéramos la misiva, pues suponía que contendría instrucciones para la boda. No obstante, al descubrir el mensaje que resguardaba, la mujer entró en shock.

Yo también, pero logré reponerme antes que ella, y al notar que la piel de la mujer empalidecía cada vez más y parecía no respirar, corrí al patio en busca de mi suegro, que revisaba la rueda de una de las carretas de carga acompañado por uno de los empleados.

El hombre se apresuró en socorrerla, hallándola sumida en un llanto desesperado que costó calmar. Luego vinieron las discusiones, los gritos, los golpes a la mesa, las acusaciones y amenazas. De pronto, yo desaparecí del mapa, estaba con ellos en la cocina pero

era como una especie de espectro fantasmal. Ninguno reparaba en mí. Mi existencia había culminado en ese preciso instante.

Llenos de furia y decepción hicieron su equipaje para ir en busca de su hijo y ver de qué manera resolvían la situación, pues no estaban de acuerdo con la decisión tomada.

«¡Esa mujer solo está detrás del dinero de mi hijo!», expresó mi suegra enfadada. Bueno, mi exsuegra. Tengo que acostumbrarme a llamarla así.

No dije ni una sola palabra mientras preparaban el viaje, solo los seguí con la mirada. En mi pecho ocurría algo excepcional. La liberación que sentía al saber que ya no estaría obligada a

casarme con ese hombre, enseguida fue sustituida por la ansiedad de no saber qué sería de mi vida. ¡¿Qué pasará ahora conmigo, querido Henry?!

Ellos no me dieron ninguna razón, subieron sus cosas al auto con la misma rapidez con la que acordaron aquel viaje. Yo me quedé parada en la puerta, con los brazos cruzados en el pecho, aferrada a mis codos. Observaba con los ojos agrandados como el chofer ayudaba a mi exsuegra a subir, y cómo mi exsuegro les daba instrucciones a los trabajadores antes de marcharse.

Cuando tocó su turno de entrar en el vehículo, el hombre dio una última mirada a la casa, topándose conmigo.

Lo que capté en su mirada aumentó

mis miedos. Allí solo había desconcierto, mezclado con furia. Como si de pronto reparara en la presencia de un extraño en sus dominios. Alguien que jamás había visto, que no había sido invitado y que lo único que hacía era estorbar. Me sobresalté y hasta creo que retrocedí un paso. No sé exactamente qué hice, porque mi mente se embotó. Él resopló antes de terminar de ocupar su puesto y pidió al chofer que se apresurara a llevarlo a la estación del ferrocarril.

Una estela de polvo quedó tras su marcha y a medida que el auto se alejaba, se acercaban al valle oscuras nubes de tormenta. Los empleados me lanzaron una ojeada compasiva antes de regresar a sus puestos de trabajo. Sentí

vergüenza, amor mío, y un temor que heló mis huesos y los hizo vibrar con intensidad.

Entré al hogar llevándome una segunda sorpresa. Mi acompañante salía de su habitación arrastrando una pesada maleta. Se detuvo frente a mí para colocarse sus guantes y cerrar su abrigo mientras me informaba, sin mirarme, que se iría por unos días a la casa de su amiga en la ciudad. Regresaría cuando mis exsuegros volvieran al valle. Es decir, nunca.

Yo ya no era la prometida del hijo de los Landaeta, por tanto, su trabajo había culminado. Y ella aceptaba gustosa la resolución.

Quedé pasmada en medio de la sala.

La vi salir y llamar a uno de los empleados para que trajeran enseguida una carreta que la acercaría al pueblo, donde podría tomar el transporte a la ciudad. No lloré, amor mío. El miedo había congelado incluso, mis lágrimas, pero sentí tanto frío que pensé que me solidificaría de un momento a otro.

Esa tarde llovió a cántaros y se extendió durante toda la noche mientras yo miraba las tejas del techo en mi habitación. Truenos, rayos y centellas iluminaban el cielo, y un viento atronador chocaba contra la casa haciendo estremecer las bisagras de puertas y ventanas.

Afuera escuchaba gritos, el sonido desesperado de los animales y el de la madera cuarteándose, pero no pude

moverme. Me sentía tan fragmentada en mi interior que lo que ocurría en el exterior me resultaba poco importante.

No recuerdo en qué momento me quedé dormida, invadida por un sueño profundo. Me despertó el sonido de una gotera. Se oía tan cercana que me hizo creer que la tenía junto a mi oreja.

Aún se veía todo oscuro, no comprendí si era porque el alba no había llegado o porque las nubes de lluvia seguían encapotando el cielo, pero mi garganta estaba reseca y mi cuerpo débil, necesitaba un poco de agua y algo de comida para recuperar las energías.

Al posar mis pies en el suelo estos se sumergieron hasta más arriba de los

tobillos. Quedé desconcertada. ¡Era agua, amor!

Salí del dormitorio, descubriendo que la casa entera estaba inundada. Eso propulsó a mi corazón. Seguí hasta la cocina, encontrando abierta la puerta que daba al patio. Todo, mi Henry, el campo entero estaba cubierto de agua: los conucos, los pastizales, los corrales y los establos. No había un solo lugar que no estuviera anegado.

¡Y la montaña, se apreciaba rasgada! La lluvia caía desde el día anterior había arrancado trozos de su piel, dejándole heridas visibles.

Escuché varias voces y caminé hacia ellas. Mis pies descalzos se hundían en el barro. Los empleados luchaban con

los animales para encerrarlos, la mayoría de ellos habían escapado de sus corrales porque los cercados estaban destruidos y hacían de las suyas mientras buscaban un lugar seco donde descansar. ¡¿Cuándo sucedió todo eso?!

Intenté ayudar en lo que pude, pero uno de los empleados me pidió que regresara a la casa. Una llovizna comenzaba a caer y según los trabajadores, el valle entero se encontraba bajo el agua, si enfermaba no tendrían como llevarme al pueblo, que al parecer, había quedado más afectado por encontrarse en tierras bajas. Mucho menos lograrían trasladarme a la ciudad, el camino debía estar intransitable.

Obedecí y estando adentro no pude hacer otra cosa que encargarme de

preparar café y comida para todos. Las débiles casas de paredes de bahareque y techo de caña donde esos hombres tenían a sus familias, fueron derribadas por el fuerte viento. Les ordené que se vinieran a la casa y aquí están: niños, hombres, mujeres y hasta animales conviven conmigo bajo el mismo techo, en un sitio que no nos pertenece, pero que se ha vuelto nuestro único refugio.

La crisis ha logrado que piense poco en mi situación. Es urgente hallar medios para sobrevivir, para buscar comida e información, mientras el agua baja.

Un día después nos enteramos que un alud de piedras, tierra y troncos bajó de la montaña esa noche en que no paró de llover y arrasó con todo a su paso.

Muchos hogares se perdieron, así como cosechas enteras, y aunque fue considerable la destrucción material, hasta ahora, ninguna vida se ha perdido.

Son innumerables las historias que han llegado a mis oídos de pobladores que aseguran haber sido despertados por ángeles que los motivaron a llevar a sus familias a lugares más altos, antes de que se desatara la tragedia. Otros atestiguan haber sido salvados de forma milagrosa, como el caso de doña Arcadia, la sobadora que cura artritis y cualquier otra dolencia de los huesos.

Ella estaba sola con sus cinco hijos (el mayor tiene trece años), porque a su esposo esa noche le había tocado guardia en el trapiche. Dijo que escuchó un sonido como el del rugido furioso de

un león, que hizo temblar los cimientos de su hogar. Al asomarse a la ventana, vio al alud de tierra, troncos y piedras acercarse con rapidez a ellos. Quedó pasmada. Sabía que morirían. Se abrazó a sus hijos esperando lo peor, pero el agua pasó por los costados de su hogar, sin tocarlo. Confundida, ella volvió a asomarse por la ventana, para saber qué ocurría, y percibió que gruesos troncos venidos desde la montaña quedaron atascados en su cerca e impidieron que la ola de lodo arrasara con ellos. Se perdieron sus corrales y conucos, pero ella y sus cinco hijos están vivos, y sin un solo rasguño.

«¡La montaña nos ha salvado!», exclaman todos con alegría, y yo la observo maravillada, sin poder evitar

sonreírle en agradecimiento.

Ella siempre estará allí, tan inmensa y solitaria, amparada por una neblina que oculta en parte sus bellezas y le otorga un halo de magia y misterio; pero ahora está lastimada, marcada con infinidad de heridas que le perdurarán por la eternidad, recordándole día a día que, a pesar de su magnificencia, es vulnerable.

No sé cuándo volveré a escribirte, amado mío, ni desde dónde. En esta oportunidad lo hago aprovechando la ayuda que nos están ofreciendo los militares del cuartel, quienes constantemente vienen a verificar cómo estamos, nos facilitan agua y comida y se ofrecieron a enviar a la ciudad las cartas con las que notificaríamos a

amigos y familiares que estamos bien. Pronto bajará el agua y volverán a abrir el camino, ese día tendré que irme de este valle, que ya no me pertenece, a buscar mi rumbo.

No sé qué será de mi vida. También le he escrito al abogado de mi padre consultándole la posibilidad de regresar a Londres, pero si en los meses que llevo viviendo aquí, él jamás ha respondido a uno de mis mensajes, dudo que lo haga ahora.

Tengo miedo, amor, eres al único a quien se lo he confesado. ¿A dónde iré? ¿A quién recurriré? No tengo dinero, ni amigos, ni conocidos. Solo cuento con un amor imaginario y con un apego hacia una montaña de la que pronto debo despedirme. Qué patético, ¿cierto?

Camino por el suelo encharcado y sonríó al ver los nuevos brotes de pasto. Nunca me había emocionado tanto al mirar ese asqueroso pasto, pero ahora lo veo como un signo de esperanza. Nada lo detendrá, ningún tipo de adversidad podrá evitar que esta naturaleza fértil siga su curso. ¿O sí?

Conozco algo de la maldad humana, pero no la creo más poderosa que la de la naturaleza. Al menos, no más fuerte que mi montaña. A ese gigante azul, tan firme y rico, jamás podrán destruirlo.

Me despido, amor mío, sin saber por cuánto tiempo. Recibe todo mi cariño y mi agradecimiento. Sin ti, sin esta posibilidad de comunicación, hubiera enloquecido. Por estas cartas he liberado a mi alma de pena, de miedos y

amarguras; he confesado mis secretos, anhelos y opiniones, me han ayudado a centrar mis ideas y a mantener la esperanza. Estos papeles me han visto llorar, reír y temblar, pero sobre todas las cosas, han albergado el amor que siento por ti, mi muso, mi cayado, mi ángel guardián.

¿Es posible enamorarse de un desconocido, y amarlo después de haber pasado unas cuantas horas junto a él, solo mirándolo leer?

Sí y sí. Mi corazón quedó fascinado por tu presencia, por tu imagen varonil, por tu actitud serena, por tu sonrisa y por esa mirada oscura y enigmática, como lo es mi montaña. Todo este tiempo me has mantenido entre tus brazos, me proteges y cuidas, como lo

ha hecho ella. Eres un valle fértil, lleno de fe y alegrías, pero tan misterioso y lejano como ese gran azul, de quien también debo despedirme.

No imaginas cuánto los extrañaré y necesitaré. Serán un recuerdo vivo y constante, los soplos que mantendrán en pie a mi devastada vida.

Adiós, amor mío. Te amare siempre,

Amanda Goldstein

NOTA DE LA AUTORA

Amanda Goldstein tuvo que pasar otras dos semanas en Los Naranjales mientras esperaba que el camino fuera abierto para los civiles. En ese tiempo no tuvo noticias de su padre, ni del abogado de este, mucho menos de sus exsuegros o de su acompañante. Convivió con los empleados ayudando a reconstruir los cercados, corrales y las casas derruidas. Cocinó para ellos, colaboró con el cuidado de los niños y de los enfermos, y hasta hundió sus manos en la tierra para reiniciar las cosechas. Escuchó encantada las historias de los rescates milagrosos que comenzaron a deambular por el lugar, ampliando aún más el halo de misterio y respeto que rodeaba a la montaña.

Fue feliz, por primera vez en su vida, aunque no completamente. Siempre sintió que algo importante le faltaba. Muchas dudas aún no estaban resueltas y vivió con el miedo a que llegara el momento en que le avisaran que podía marcharse del valle.

Cierto día, al ver que un auto militar se detenía frente al hogar, su corazón dio un vuelco. Dejó en el suelo la regadera con la que rociaba las plantas de lirios que había sembrado en el jardín y caminó hacia él, secando en su manchado delantal sus manos.

El propio comandante que dirigía el cuartel había ido para informarle que el camino a la ciudad ya estaba transitable y hacerle entrega de una encomienda especial. Con el ceño fruncido ella tomó

el sobre que contenía el sello oficial del Ministerio de Agricultura del país, y se llevó una mano a la boca para acallar el grito de sorpresa que sus labios quisieron emitir al leer el nombre del remitente: Ingeniero Henry Berg Pocaterra, encargado de la Dirección de Alimentación.

Ese era Henry, ¡su Henry!

Con nerviosismo se despidió del militar y entró en la casa saturada por la explosión de sentimientos que se produjo en su interior. Algunos empleados se acercaron para preguntarle qué le ocurría, pero ella parecía no oír a nadie. Se encerró en su habitación y con manos temblorosas abrió el sobre.

Lágrimas escaparon de sus ojos, de amor, incertidumbre y miedo.

Por primera vez tendría noticias de su amor platónico, por fin sabría la opinión de él a sus cartas.

¿Le reprocharía, le reclamaría o aliviaría sus tormentos con palabras de consuelo y cariño?

Pronto lo descubriría...

Caracas, 23 de noviembre de 1943

Querida Amanda:

Espero esta carta llegue a tus manos. He movido todos mis contactos para que eso suceda, e incluso, decidí enviarla en un sobre oficial del Ministerio al que represento para evitar que alguien pretenda quitártela. Lamento que no hayas podido leer la anterior, en ella te confesaba muchas cosas que tendré que repetir en esta.

Primero que nada, quiero asegurarte de que tus mensajes han llegado sin ningún inconveniente a mi casa. He leído

cada uno de ellos, no una, sino varias veces; y no me parecieron un «horrible cuento de ficción», como tú una vez los llamaste, sino una historia rica en aprendizajes, dulce y divertida.

Los esperaba con ansiedad cada semana y en las ocasiones en que tardabas más tiempo en escribir, mi estado de ánimo llegaba a rozar tanto la desesperación, que me veía obligado a ignorar tus ruegos de no responderlos. Como sucedió en aquella oportunidad, en que mis palabras de ánimo y agradecimiento terminaron hechas cenizas entre los carbones del fogón.

Me preguntaste en tu primera carta: «¿Me recuerdas?». Quiero confesarte que desde el momento en que te vi, parada en la puerta del vagón del

ferrocarril, con esa actitud temerosa y melancólica, quedaste grabada en mi memoria y de allí no has salido ni un solo día.

Recuerdo con exactitud tu figura diminuta y delgada, envuelta en un abrigo de lana que puedo asegurar, te quedaba un par de tallas más grande. Parecías un hada, sensible y frágil, cubierta por un montón de telas que pretendían esconder el brillo de esa piel blanca y delicada que posees. Tus preciosos cabellos del color del caramelo intentaban ser controlados por un gorrito que poco podía hacer por dominarlos, porque ellos no nacieron para estar prisioneros, sino para ser libres, para que el viento y la luz del sol los hiciera refulgir, tanto como a ti.

Pero te confieso que lo que más me atrajo de tu persona, y lo que me empujó a levantarme de mi asiento y caminar hacia ti, fueron tus inolvidables ojos azules. Similares al agua mansa, al cielo despejado de un día cálido y a esa gran montaña que no solo a ti ha logrado conmover, sino a mí mismo.

Semanas antes de nuestro encuentro yo estuve en Los Naranjales. Soy dueño de unas tierras ubicadas en lo alto del valle, cerca del cuartel militar y del antiguo corral de piedras que perteneció a los indígenas. Un terreno virgen, poblado de grandes árboles, como eucaliptos y ceibas, y atravesado por una quebrada que transporta el agua más pura que he probado en mi vida y proviene de un hermoso río asentado a

varios metros de distancia de los linderos de mi hogar. Un lugar que cuenta con una enorme cascada cristalina y donde crecen como hierba salvaje las amapolas.

Es un sitio maravilloso, donde solo los sonidos de los pájaros, de los insectos, del agua y el viento podrás escuchar. Todas las mañanas los frailes benedictinos lo visitan y disfrutan del agua de la cascada antes de regresar al colegio donde viven. En ocasiones me he quedado a charlar con ellos, son amables y divertidos, y unos increíbles contadores de historias.

Es falso que en los alrededores se encuentren búfalos. En el pasado sí los hubo, pero fueron eliminados mucho antes de que llegaran los frailes.

Tampoco existe un jinete sin cabeza, eso es parte de los cuentos populares que inundan esa zona, aunque sí podrás conseguirte con serpientes venenosas, alacranes, monos salvajes y hasta tigres o jaguares, aunque estos últimos dejaron de verse por el valle desde que fue poblado. Sin embargo, es posible toparse con alguno de ellos en lo alto de la montaña.

El valle es un lugar maravilloso, pero también peligroso, que debe explorarse estando preparado.

Una muestra de ello fue la muerte ocurrida hace un año, cuando Milena Guevara apareció sin vida a pocos pasos del cuartel la noche en que había escapado de su casa con su amante, atacada por un animal fiero que suponen

fue un jaguar, no un búfalo como aseguran los campesinos.

Ese sitio fue mi refugio por varios años. Al Ministerio donde trabajo le han entregado la extensa plantación de caña de azúcar que precede al valle, así como el trapiche donde esta se tritura para elaborar el jugo que luego se convertirá en azúcar. Nos han cedido la zona no solo para la explotación, sino también, para su investigación. Esa tierra fértil es capaz de producir los más diversos productos y con una calidad inigualable, y yo estaba encargado de evaluar sus riquezas. El tiempo que estuve allí fueron los más tranquilos y felices de mi vida, pero tuve que salir para hacer entrega de los estudios que había realizado y para llevar a cabo diversas

gestiones que mejorarán el trabajo en esa zona.

No imaginas, querida Amanda, lo mucho que he extrañado ese valle. Ausentarme ha sido difícil. Se ha instalado en mi pecho un vacío que no he podido llenar con nada y me ha sumido en la añoranza. Ese sentimiento no ha permitido que me desempeñe como es debido en mi trabajo, ha despertado mi mal humor y mi pereza, originando que todo se atrase y no se me permita regresar hasta no finalizar con cada obligación.

El día en que apareciste comenzaba a resignarme. Minutos antes de que asomaras por la puerta del vagón tu carita de facciones delicadas le decía a mi asistente que definitivamente nos

asentaríamos en la capital, olvidándonos de Los Naranjales. Llevaba conmigo una gran cantidad de responsabilidades que crecían y crecían y me impedían volver.

Mi asistente también se había mostrado afectado, por eso ese día mantuvo una actitud irritante. Él, tanto como yo, se ha encariñado con esas tierras.

Pero solo me bastó mirar tus sensibles ojos azules para que el recuerdo de esa montaña se avivara en mi alma y revocara mi decisión. Estaban tan húmedos y llenos de vida como siempre lo ha estado ella, sombreados por una niebla de tristeza que pretende ocultar su belleza, pero que es incapaz de encubrir la fortaleza que la inunda.

¿Fue difícil enamorarme de ti? En lo absoluto. Repotenciaste los latidos de mi corazón, me diste esperanzas, me llenaste de ilusiones y de más anhelos.

No imaginas lo arduo que fue para mí controlarme ese día en el tren. Te noté tan nerviosa y asustada, como esas aves que visitan cada año el valle en busca de tierras cálidas, que tuve que tomar mi libro y ocultarme dentro de sus páginas. Me creíste concentrado en la lectura, pero te confieso, no comprendía nada de lo que leía. Estaba pendiente de ti, sabía que tenías tu atención puesta sobre mí, y eso me gustaba. No sabes cuánto.

Llegaste a mi vida en el momento en que más te necesitaba, no puedo dejar de pensar que estábamos predestinados a encontrarnos. Gracias a ti, al milagro de

tu aparición y a esos ojos azules que enseguida se adueñaron de mi corazón, mi ánimo y disposición al trabajo regresaron con mayores bríos. Lo que estaba pautado para gestionarse en meses, y quizás, en años, consiguió solución en tan solo semanas. Pronto estaré libre de responsabilidades y podré regresar al valle para asumir la labor que había dejado de lado.

Cada carta tuya fue como un paso dado en esta liberación. Con ellas volví a conocer a Los Naranjales, a su gente amable, trabajadora y creyente, a sus parajes idílicos y a sus situaciones descabelladas pero divertidas; inclusive, a sus peligros.

Como me gustaría recorrerlo contigo, de tu mano. A tu lado estaré encantado

de imitar a fantasmas, de romper pilas bautismales, de intentar sobornar a los trabajadores del Registro Civil o de escapar de forma repentina a la cascada sin otra arma que nuestra risas.

Quiero vivir allí miles de aventuras, querida Amanda, pero contigo, en ese valle que nos pertenece, porque no cualquier mortal puede quedarse bajo su cobijo si así la montaña no lo desea. Ella sabe cómo expulsar a los indeseados y bloquearles definitivamente el paso, así como atraer a quienes merecen su protección, incluso, desde la lejanía. Hemos sido elegidos para disfrutar de sus beneficios, ya que nos ha hecho parte viva de sus secretos, nos ha mostrado sus bellezas y hasta su cara menos

amable.

Ese lugar es un centro vivo, cargado de energía, que activa las nuestra llenándolas de un placer que nunca (y eso te lo puedo jurar si es necesario) podrás conseguir en ningún otro lugar. Te lo dice un hombre que ha viajado por medio mundo tratando de encontrar un puerto que lo conforte.

Hallé mi sitio en ese valle, junto a esa montaña, y sé que mi destino es compartirlo contigo. Con alguien que al igual que yo ha quedado desamparado en el mundo, solo, perdido en medio de una realidad injusta y cruda.

Yo también soy una víctima de esta guerra inhumana, quien ha tenido que correr para escapar de sus atrocidades.

Espérame Amanda, no te vayas de Los Naranjales. Quédate en el hogar de los Landaeta hasta mi regreso, sin preocuparte por ser sacada de allí.

Hace unos días tuve una larga y definitiva conversación con el Capitán Landaeta, que se encuentra aquí en la capital, con su esposa, intentando detener la repentina boda de su hijo. Le hice saber que no estabas sola, que tenías a alguien que desde ahora velará por ti, con el respeto y la adoración que mereces. Esa gente no será de nuevo un obstáculo en tu vida, mucho menos en Los Naranjales, porque dudo que algún día regresen. Al menos, eso fue lo que me dieron a entender. Las deudas que tienen en ese lugar son muy grandes, y si pretenden escapar de la justicia, como

lo han venido haciendo desde hace mucho, no pondrán nunca más un pie en el valle.

Quédate conmigo, querida mía, esta vez soy yo quien te pide ser mi cayado y mi fortaleza. Volveré a Los Naranjales, pero para lograr ser completamente feliz en ese lugar te necesitaré a ti, a tu dulzura y a tu inocencia, y a esa particular forma de ver la vida, descubriéndola desde su esencia. Déjame ser tu prisma, para llenar de colores el aire que te rodea; déjame ser tu amigo de verdad, ese que te lleva de la mano a recorrer el mundo, que ríe contigo y es tu compañero en cada una de tus locas odiseas.

Permite que te ame y no en el silencio, sino en persona. Que sea yo aquel que te

dé tu primer beso de verdad, que nunca te niegue un abrazo o una caricia, ni siquiera cuando no la necesites. Dame la oportunidad de cuidarte, acéptame en tu vida, dulce Amanda, para llenarla de alegrías, de emociones y buenos momentos. Volemos juntos hacia nuestra montaña, como aquella bandada de pájaros que un día viste o como esas mariposas que en ella encuentran refugio.

En esa tierra sembraremos nuestras vivencias y no para que se transformen en maleza corrupta, sino para que crezcan y se reproduzcan indetenibles, sin que nada ni nadie logre detenerlas. Como ese pasto que tú una vez dijiste que era como una condena y resultó ser una muestra de la esperanza que allí

germina.

Tengo noticias para ti. He logrado obtener, con ayuda de algunos amigos que forman parte de las Fuerzas Armadas del país, informes de Londres. Las comunicaciones se han visto afectadas por la guerra, pero aun así he podido ponerme en contacto con el abogado de tu padre, quien me ha enviado varios telegramas.

Víctor Goldstein vive. Es prisionero en uno de los campos de tránsito que los nazi han instalado en los Países Bajos. El servicio militar británico supo que sería trasladado a un campo de trabajos forzados, pero ese hecho aún no se ha producido. Se están haciendo miles de gestiones para evitarlo. Esperamos que alguna se logre con satisfacción.

Sé que todavía esta no es una buena noticia, pero con ella tendremos una guía para saber de él e intentar hacer algo por ayudarlo. No sé qué nos deparará esta guerra, hasta dónde llegará y cuánto daño causará, pero sea lo que sea quiero vivirlo a tu lado, darte ese apoyo y esa comprensión que tanto requieres.

Gracias, amor mío, gracias por ese cariño tan tierno y especial que me has obsequiado todo este tiempo. Tu valiente osadía me ha dado las fuerzas necesarias para salir adelante y culminar cada una de las tareas impuestas. Me has devuelto la dicha, la esperanza y la fe. Eres como uno de esos cocuyos que abundan en la montaña, que en las noches más oscuras titilan, dejándose

ver como puntos mágicos entre las sombras. Escapaste del valle para aparecer en mi cabeza y así guiar mi camino. No dejes de alumbrarme, amada mía, ahora más que nunca preciso de tu luz.

Espérame, Amanda, dame un par de semanas para dejar todo bien atado aquí en la capital, sin que ningún compromiso me quede pendiente y luego me obligue a abandonar de nuevo el valle.

Quiero encerrarme en ese lugar contigo, sembrar en él mis raíces y luchar por hacerlas prósperas. Mantén en tu corazón ese amor que sientes por mí, que estando allá, yo me encargaré de que se vigoricé.

Sé mi montaña, amor mío, abrázame

entre las colinas de tus brazos,
abrígame. No imaginas cuánto te
necesito.

Si aceptas mi propuesta pronto nos
veremos. Te prometo que acabaré con
esa soledad que siempre te ha
acompañado, porque estaremos juntos,
en nuestro valle, cada día de nuestras
vidas, arropados bajo la sombra de esa
enorme montaña que por más que la
hieran nunca podrán derrumbarla, como
a nosotros.

Tuyo siempre,

Henry Berg Pocaterra

NOTA FINAL DE LA AUTORA

Amanda aferró la carta a su pecho rebosante. Sus manos temblorosas la cubrieron con firmeza. Cayó de costado sobre el colchón y se ovilló para liberar todas las emociones que tenía apresadas.

Lloró, con intensidad, y por mucho rato, al tiempo que su risa vibraba dentro de aquella habitación cerrada, haciéndoles llegar a los empleados, que esperaban preocupados afuera, noticias de ella.

Todo estaría bien, la tragedia y la incertidumbre pronto acabarían.

La tarde fue llegando y mientras el sol se ocultaba en el horizonte, la neblina bajaba para cobijar tras su bruma

protectora la vida que se agitaba en esas tierras. La montaña azul parecía cerrar sus brazos de colinas alrededor de su valle, así evitaba que los peligros externos entraran en sus dominios.

Y mientras eso ocurría, Amanda seguía recostada en la cama, leyendo una y otra vez las hermosas líneas que su amado le había enviado. Sonreía de felicidad y lloraba de dicha, sabiendo que ese apenas sería el primer día de su nueva existencia.

**¿Te gustó? Te invito a dejar tu
opinión en Amazon. Tu aporte será
para mí un gran estímulo.**

SOBRE EL AUTOR

Jonaira Campagnuolo, nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, donde aún vive con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a trabajar como freelance, a administrar su blog de literatura <http://desdemicaldero.blogspot.com> y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon:

<http://www.amazon.com/Jonaira-Campagnuolo/e/B00BFT92OK>